





# **Tampico 2077**

Rodrigo Vogel Pacheco

FONDO   
EDITORIAL  
TAMAULIPAS

*Tampico 2077*  
© Rodrigo Vogel Pacheco  
Primera edición 2025

ISBN: 978-607-8452-78-1

*Gobierno del Estado de Tamaulipas*

Dr. Américo Villarreal Anaya  
*Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas*

Dra. Silvia Lucero Casas González  
*Secretaria de Bienestar Social*

Mtro. Héctor Romero Lecanda  
*Director general del*  
*Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Mtro. Julio Andrés García Pesina  
*Director de Publicaciones y Fomento Literario*

Encargada de la colección: Patricia Guzmán Rosiles  
Cuidado de diseño editorial: José Ángel Lumbreras Tristán  
Edición y corrección: Patricia Guzmán Rosiles y  
José Alfredo Barriga Juárez  
Diseño de forros e ilustración: Manuel Tovar Campos

La colección *Altas Llamas* debe su nombre a la novela *Casa de altas llamas*, de Juan José Amador. Esta colección reúne obras narrativas y ensayísticas de escritores tamaulipecos, seleccionadas mediante convocatoria abierta del Programa Editorial Tamaulipas 2025.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)  
Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y  
Gaspar de la Garza 421, zona Centro  
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C. P. 87000  
Tel. 834 315 2977

Derechos reservados conforme a la ley.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

Con enorme orgullo celebro la publicación de esta obra que forma parte de **Altas llamas**, una colección que nace al amparo del **Programa Editorial Tamaulipas 2025**, impulsado por el Gobierno del Estado a través de la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, con el propósito de fortalecer y difundir la creación literaria de autoras y autores tamaulipecos.

Cada uno de estos libros es testimonio del talento y la mirada crítica de nuestras comunidades. La literatura es un medio poderoso para contar quiénes somos, qué soñamos y qué defendemos, y en Tamaulipas creemos firmemente que el acceso a la cultura es un derecho que enriquece la vida colectiva y fortalece los lazos sociales.

La creación literaria es también un ejercicio profundo de libertad. Escribir es habitar la palabra propia y compartirla con los demás; es abrir espacios de diálogo y resistencia. Por eso, defendemos la libertad de expresión no solo como un principio democrático, sino como una condición para que las voces de nuestras escritoras y escritores florezcan con dignidad.

A quienes hoy publican sus obras gracias a esta convocatoria, les extiendo mi más sincera felicitación. Que estos libros circulen, se lean, se quieran y, sobre todo, se discutan. Sigamos construyendo con su palabra un Tamaulipas más unido y contribuyan a preservar la esperanza como fuente de grandeza del espíritu humano a través de su expresión cultural.

**Dr. Américo Villarreal Anaya**

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas



Desde el Gobierno del Estado de Tamaulipas, la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, se convocó a las escritoras y escritores de nuestro estado a participar en el Programa Editorial Tamaulipas 2025. Celebramos este espacio como una oportunidad para visibilizar el talento literario y fortalecer la presencia de nuestras voces en el ámbito editorial.

Una de nuestras prioridades ha sido construir una política cultural cercana, incluyente y sensible al contexto de nuestras comunidades. Sabemos que la literatura, más allá de su dimensión estética, es también una herramienta poderosa para la reflexión, la conservación de la memoria y construcción de identidad. Apostar por ella es, en muchos sentidos, apostar por el bienestar colectivo.

Por eso este programa no se limita a publicar libros, sino que busca ofrecer una plataforma constante para el ejercicio libre y digno de la escritura, reconociendo el valor de la literatura como una forma activa de participación cultural.

Quienes publican gracias a esta convocatoria demuestran un compromiso tanto con su obra como con la generosidad de compartirla con otros. En estas obras, las lectoras y los lectores podrán reconocer elementos que conforman un estilo y una identidad literaria propia de Tamaulipas; ahí reside buena parte de su valor.

**Mtro. Héctor Romero Lecanda**

Director General del Instituto Tamaulipeco  
para la Cultura y las Artes



Bueno, ¿qué esperabas?  
Pues, no lo sé. Un final más feliz... para todos los involucrados.  
¿Aquí? ¿Para gente como nosotros?... Ciudad equivocada,  
personas equivocadas.

JOHNNY SILVERHAND, *Cyberpunk 2077*.



## Una llamada de amor

Un bip-bip anunció a Victoria que era la hora de partir; apagó sus gafas sensoriales, se desconectó del ciberespacio y, de forma apresurada, tomó sus cosas para salir de la estación. No podía llegar tarde a su cita.

En las pantallas del transporte que la llevaba a la salida, el alcalde de Ciudad Madero anunciaba la décima edición del playazo virtual e invitaba a todos los usuarios del metaverso a no perderselo; recordaba las medidas preventivas ante la ola de calor número cincuenta y seis que se iba a presentar el fin de semana venidero.

Victoria escuchaba atentamente sentada en el primer asiento del bullicioso camión. Ese día había decidido no hacer horas extras, no quería llegar con retraso a su compromiso hebdomadario de las cuatro.

Victoria llegó al final del camino y bajó del camión. En la entrada, había un ascensor y unas escaleras que te elevaban a nivel del mar. Varios muros de contención y un techo de cristal protegían la compañía de los peligros de vivir sumergida. Ya en la superficie, esperó la llegada de su transporte. Vio el reloj y pensó: *ojalá no se me haga tarde.*

Arriba, el caos seguía siendo el mismo. Ferris colectivos y pequeñas barcas improvisadas suplantaban lo que antes era el transporte público. Victoria subió a la ruta de siempre: Tampico-Playa, circuito que retomaba la antigua avenida Álvaro Obregón. Al subir, Victoria dejó que el ayudante escaneara su ojo con la cámara de su teléfono para poder pagar.

Victoria avanzó y se sentó. Levantó la mirada y se sonrió al observar un póster mal pegado de una de las nuevas modelos cibernético que abundaban en el mercado, así como un mensaje color neón que decía “todas mienten”.

*Todavía me acuerdo de cuando mi abuelo me traía en su carro por la avenida, antes de que se inundara —pensaba— aquí había una calle que se llamaba Callejón de Barriles y esta te llevaba hasta un bulevar que desembocaba en un área que la gente llamaba Sirenas, o algo así.*

La inmensidad del agua se confundía con el cielo: treinta metros era lo que había subido el nivel del mar a consecuencia de un diluvio que se desató por ahí del dos mil sesenta.

—Ya son las tres cuarenta y cinco, ya casi llevo —se dijo Victoria.

En las pantallas del ferri, sonaba el anuncio publicitario de la compañía Remember Me:

“En Remember Me, tú nunca estarás solo. Mándanos un mensaje y únete con los que más quieres”.

Victoria suspiró, dirigió su mirada a las olas que se dibujaban en el agua, apoyó su sien contra la ventana y recordó lo que Lenny le dijo el día que la conoció:

—Básicamente, somos inmortales, bonita.

Victoria nunca pensó que se enamoraría de un cibernético. Sus padres, como muchos otros, la habían llenado de prejuicios sobre estos nuevos seres. Sin embargo, cuando lo conoció, no pudo resistirse a sus encantos e inició una relación con él en secreto.

—Tres cincuenta, ya falta menos —volvió a balbucear Victoria, después de checar su reloj, mientras trataba de controlar su nerviosismo, sentada en la lancha, observando el infinito mar.

De repente, una señora se sentó a su lado. Victoria se molestó, ¡con tantos asientos vacíos! Sin embargo, se calmó. Supuso que la viejilla quería hablar. La señora le ofreció un poco de agua encapsulada. Lo seco de su rostro le provocó a Victoria mucha compasión, por lo que aceptó.

—Todavía me acuerdo como si fuera ayer cuando se empezó a inundar todo —inauguró la sexagenaria.

Victoria recordó el peor día de su vida.

“Está subiendo el agua, se avecina una gran inundación”, decían por todos lados. La lluvia no había parado desde hacía varios días y esa tarde... el cielo se dejó caer.

Victoria y Lenny se encontraban solos en el departamento de los padres de este, que estaban de viaje.

—Supongo que todos mis vecinos decidieron irse a refugiarse a lugares más altos —dijo Lenny a Victoria—. ¿Has visto la película *La guerra de los mundos*?

—Am, sí —contestó contrariada Victoria. *¿Quién pregunta eso en estos momentos?*—. Me la mostró mi abuelo en un DVD.

—¡No inventes! ¡Eso es una reliquia!

—Incluso me ha llegado a mostrar un sistema que ellos tenían que se llamaba WhatsApp o algo así, en el que ellos tenían

que mandar mensaje con sus dedos o voz en un teléfono móvil para poder llamarse, ¿te imaginas? —decía Victoria.

—Ya sé, tan práctico que es compartir tu mente en el ciberespacio —respondió Lenny.

—¿Has visto *Evangelion* también?

—Sí, creo que la vi. Es de Japón, ¿no? —dijo Lenny—. Es viejísima, del siglo pasado, salió en mil novecientos noventa y tantos —siguió Lenny.

—Fíjate que Japón es un país que me hubiera gustado conocer —precisó Victoria—. *¿Qué lástima que desaparecerá después de la inundación! ¿A dónde se irá a refugiarse toda esa gente?* —pensó.

Mientras conversaban, se escuchaba el agua subir y golpear los muros y esquinas de todas las construcciones. A veces era lento, otras como un rugido intenso.

—¿Crees que nos vamos a morir? —le preguntó Victoria a Lenny.

—No creo. Mal cibernauta nunca muere —le contestó sarcásticamente Lenny—, pero en caso de que sí, ¿sabes qué me gustaría hacer antes de morirnos?

Lenny acercó su ojo al de Victoria y un escáner saliendo de su pupila leyó su bioinformación.

—Veo que tus niveles emocionales están dispuestos. ¿Quieres fragmentar?

—Está bien —respondió Victoria.

Lenny sacó sus lentes sensoriales y le dio a Victoria los suyos. Se extendieron sobre el sofá y se tomaron de la mano. Lenny desbloqueó su bioinformación y, después de un análisis de compatibilidad, se enlazó a la de Victoria.

En ese momento, ella sintió cómo todo se agudizó. Su respiración se agitó como si estuviera hiperventilando, para

después unificarse con la de Lenny. Sintió cómo su corazón se hacía cada vez más pesado, como si latiera por dos en vez de uno: tu-pum-tu-pum-tu-pum... cada vez más rápido: tu-pum-tu-pum-tu-pum-tu-pum. Sus pupilas se dilataron y sintió una felicidad muy profunda. Lenny sonrió y Victoria soltó una lágrima que recorrió su rostro.

—Te amo, Lenny —dijo Victoria, casi murmurando. Lenny le acarició el rostro y le dio un beso.

Minutos después, en un silencio profundo, un estruendo metálico se escuchó; los árboles y los pocos pájaros que quedaban salieron volando al momento. Victoria sintió un golpe fuerte en el estómago y un dolor como de migraña en todo el lóbulo frontal de su cerebro.

Al instante se desconectó y le preguntó a Lenny si estaba bien, pero al voltear se dio cuenta de que su cabeza estaba de lado, pálida, languideciente y sin señales de vida. Intentó levantarlo: lo movió, le pegó, lo cacheteó, pero Lenny no respondía, solo mostraba [e r r o r 4 0 4] en su bioinformación. En ese momento, se escucharon gritos a lo lejos. Sintió un vacío en el estómago, se levantó y apenas llegando a la ventana, vomitó. El cuerpo de Lenny yacía inmóvil y con los ojos abiertos.

Sonidos de ambulancias abriéndose paso en el caudal llenaron la avenida casi convertida en río, mientras las luces rojiblancas resplandecían en el reflejo del agua.

Victoria se limpió la comisura, llamó a urgencias y, mientras esperaba a que llegaran, se acurrucó contra Lenny llena de lágrimas en los ojos, aprovechando los últimos segundos de su calor.

“Has llegado a tu destino”, indicó el celular de Victoria en tono de alarma cuando la lancha tocó los límites de su colonia. Se

despidió de la señora y salió inmediatamente. Cuando bajó, caminó por la acera flotante hasta llegar a su portón. Ella vivía en la parte de arriba de la casa de su abuelo que había tenido que ser remodelada, como muchas más, para que pudiera mantenerse a flote.

Ella llegaba por ahí de las cuatro, hora que aprovechaba para acudir a su cita en línea, ya que era el único día en que su abuelo no estaba en casa, por lo que podía tener un poco de privacidad.

—¡Hola, Victoria! Bienvenida. ¿Lista para tu cita? —le decía el sistema de acompañamiento de casa.

—Dame un minuto.

Victoria se quitó torpemente el uniforme, y mientras se lavaba los dientes con pasta en polvo, se cepilló el cabello grisiento y seco a falta de baño. Tomó asiento frente a su televisor y en voz alta exclamó: ¡listo, enlázame!

La aplicación Remember Me se abrió al instante. Este sistema operativo permitía reconstruir con inteligencia artificial a seres queridos que ya habían fallecido. Lo único que había que hacer era mandar una foto, compartir tu memoria dando acceso a tu bioinformación, una muestra de voz y el resto lo hacían ellos.

Tenía la costumbre de llamar cada viernes a sus padres difuntos. Ese día era la primera vez que iba a hablar con Lenny. Convencer a los padres del cíborg le había costado mucho trabajo, ya que, para ellos, haberlo perdido era demasiado fuerte. Ellos, al ser infértiles, habían decidido probar el nuevo programa de hijos cíborg para poder colmar el querer ser papás. Cuando Lenny murió, se desplomaron y, para poder sobrellevar el dolor, hicieron como si nunca hubiera existido. Sin embargo, sabían del aprecio que Victoria le tenía a su difunto hijo; después de

mucho meditar, aceptaron la petición, lo único que le pidieron fue que no los contactara nunca más.

Se cree que la inundación hizo que explotaran las centrales eléctricas y esto causó, de alguna forma, un *shock* magnético en todos los metales y componentes de cualquier dispositivo tecnológico, por lo que los cíborgs quedaron fulminados al instante. También se cree que todo fue un castigo de Dios, por jugar a ser él. Otros dicen que fue simplemente mala suerte.

Los gobiernos aprovecharon los temas del agua y la seguridad después de la inundación para hacerse de la vista gorda. Jamás se había dado tanto carpetazo.

Días atrás, Victoria había encontrado en los cachivaches de su abuelo una grabadora de sonidos con la que había jugado una vez con Lenny cuando fueron a husmear en la oficina de curiosidades del viejo.

—¡Bienvenida! ¿Qué puedo hacer por usted?

—Hola, he encontrado una muestra de voz para el avatar de Lenny.

—Muy bien, insértelo en la entrada USB, por favor.

Victoria siguió las instrucciones. No paraba de mover la pierna izquierda.

—¡Muchas gracias! Estamos trabajando en la elaboración de datos.

Estaba hecha un manojo de nervios; pensaba que había sido una mala idea, que solo abriría heridas del pasado. Además, ¿y si el avatar fuese horrible?

No obstante, justo antes de presionar “cancelar”, quedó pasmada ante la pantalla del televisor. Ahí estaba Lenny, igualito a la última vez que lo vio. No podía creer hasta qué punto la tecnología había avanzado para permitirle hacer ese tipo de

encuentros. Feliz y temerosa, esperaba pacientemente a que los datos se cargaran.

Cargando habla 85 %

Recordó esa vez cuando estuvieron en el techo, escuchando el rugido del mar que golpeaba las bases de los edificios.

Cargando habla 90 %

¿Y si el avatar piensa que soy fea? Se traicionaba, mientras checaba la notificación de su bioinformación: su nerviosismo y ansiedad estaban por arriba de lo normal.

Cargando habla 95 %

Victoria quería escucharlo una vez más. Verlo y platicar como lo hacían todos los fines de semana que salían juntos.

Cargando habla 99 %

¿Podré configurarlo en otras lenguas? —se preguntó—.

Cargando habla 100 %

Victoria cerró los ojos, respiró con rapidez y guardó silencio. Unos segundos después, los reabrió, regresó la mirada hacia el televisor que se cruzó con la figura de Lenny. En silencio pensaba qué decir: *Al final, hablarle a un avatar es una cosa muy extraña, ¿qué le podría decir una? “Cuéntame, ¿qué tal*

*estuvo tu día?*”. Justo era lo que odiaba hacer con sus papás. Esperó unos minutos y pensó que el silencio era mejor que una conversación incómoda.

Se le quedó viendo a los ojos, Lenny resplandecía en los fotogramas de la pantalla del televisor. Victoria volvió a respirar, esta vez profundamente y antes de decir palabra alguna, Lenny abrió la conversación:

—¿Por qué esa cara larga, bonita? Me da gusto verte. ¿Ya no recuerdas lo que te dije? Somos inmortales.



## Game over

Al llegar de la escuela, Luis subió corriendo a su habitación, puso el seguro y, acto seguido, encendió sus gafas sensoriales. Les envió un mensaje a sus padres advirtiéndole que tenía una clase en línea, no quería ser sorprendido. “Ok, mi amor”, le respondió, como siempre, su mamá.

Cruzó las piernas y respiró. Esta vez no podía fallar.

## PLAY

Éthem y Jahub brindaron con destilado de huapilla. Ellos, desde hace años, se dedicaban al jaqueo de datos y esa noche celebraban con sus amigos un año más de vida de la Comuna Cascajal.

—Todavía recuerdo cuando querían convencernos de mudarnos a otro lado —decía Don B. Ryan—, intentaron desalojarnos diciendo que esta zona iba a quedar completamente inundada, pero para mí que solo querían deshacerse de los pobres. Pinches fifis, hijos de su madre.

—Oiga, Don B. Ryan —le dijo Éthem—, ¿cómo quedó el último negocio?

Don B. Ryan se levantó de la mesa y le dijo a Éthem que lo siguiera. Jahub le hizo una seña con la cabeza de a dónde iba,

a lo que Éthem asintió apretando los labios, como si estuviera diciendo ahorita vengo, no te preocupes.

Don B. Ryan caminó por los túneles de las cuevas sumergidas hasta llegar a su casa. Pasando el portal, se dirigió inmediatamente hasta su computador que guardaba como reliquia.

—Ya la encontramos.

Éthem significaba mapache en una lengua antigua. Su madre, Ana, una científica y cuidadora de estos roedores, se inyectó esperma de mapache; de ese experimento nació él, un mapache con capacidades de lenguaje y cognición humana:

—Nadie pensaba que esa fecundación se daría —le explicaba Don B. Ryan a Éthem—. Tu madre tomó una pastilla del día después y se hizo lavados vaginales para evitar infecciones pero, pues aun así, naciste.

Éthem lo escuchaba atentamente, mientras intentaba atar cabos.

—Tu bisabuela dio un grito en el cielo. Una nieta cogemapaches ja, ja, ja. Tu madre engañó a su abuela diciendo que te había abortado, pero su curiosidad la llevó a esperar, por lo que escondió su embarazo. Sin embargo, cuando naciste, la pinche viejita la descubrió y la mandó fuera del país por muchos años, inventó una historia para evitar explicaciones y te tiró a la basura. Si no hubiera sido por Jahub, hoy estarías muerto.

Desde que empezó a hablar y a sorprender a todos con sus capacidades humanas, no paró de integrarse cada vez más a la comuna. Al principio, su existencia causaba revuelo y curiosidad; “¿cómo es que un mapache puede hablar?”. Sin embargo, cuando todos tuvieron la oportunidad de conocerlo, se dieron cuenta de que él no era tan diferente.

—¿Entonces, sabes dónde está? —añadió Éthem.

Jahub dio un último grito de placer antes de venirse en los pechos metálicos de Estela, la ciborg con la que salía desde hacía unos meses.

—Ese brazo biónico hace maravillas —le dijo la chica, uno de los primeros modelos con género asignado.

—Algo bueno tenía que sacarle a esta chingadera —le respondió Jahub.

—¿Cómo fue que sobreviviste a ese accidente?

—Pues, cuando me recogieron estaba apenas consciente. Me contaron que Don B. Ryan mandó traer un cirujano de arriba y le dijo que si no me componía, se lo iban a chingar a él también.

—Ja, ja, ja, supongo que no tenía de otra —añadió la ciborg.

—A él fue a quien se le ocurrió componer mi cuerpo con partes biónicas. Aparentemente, el doctor había estudiado biotecnología.

—¿Y qué pasó con el doctor?

—Pues se lo chingaron, ja, ja, ja; claro que no lo iban a dejar escapar después de haber conocido la comuna. Jahub tomó un trozo de tela y la limpió. Se subió los pantalones y se vistió.

—¿Cuándo nos vemos de nuevo, guapo?

Esa noche tenía una misión y asuntos que arreglar.

—Te mantengo al tanto, linda.

Jahub regresó al centro de la comuna. Grandes túneles de ostión y caparzones de jaiba mezclados con cemento fungían como guarida de esa zona. Desde su desaparición —o al menos eso se les había notificado a las autoridades—, la Comuna Cascajal permanecía en secreto. Solo la gente que vivía allí

sabía cómo llegar desde el exterior.\* Cuando llegó al centro, todos bailaban y cantaban. Vio a Don B. Ryan y a Éthem salir del túnel que llevaba a casa del don. Abrazó del hombro a su amigo y le sonrió a Don B. Ryan a modo de despedida.

—¿Qué te contó el don, hermano?

Éthem, más estoico de lo habitual, le respondió:

—Hoy son las elecciones, tenemos una chamba muy especial por hacer.

Dos contrincantes: Germán Behar y Ana de León, ambos herederos de las dos familias que, desde la Gran Inundación, se habían estado pasando el poder de la ciudad en un nepotismo disfrazado de ejercicio democrático.

Jahub y Éthem tenían como misión hacer ganar a Germán. Recibiría una buena cantidad de dinero, por lo que no había excusas.

—No tendremos agua, pero sí un chingo de dinero —decía Jahub en un tono sarcástico y conformista.

—Agua sí hay, chingos. El pedo es que sea potable; al menos el aire sigue siendo respirable.

—Con ese dinero vamos a construir una máquina desalinizadora. Los materiales están carísimos, pero así después podremos traficarla, además de consumirla.

—Si no es pendejo Don B. Ryan.

Salieron por el túnel principal que conducía a una de las tumbas del cementerio de la ciudad. Con cuidado y en silencio, removieron la piedra y salieron.

—Hace un chingo de calor —dijo Éthem— abajo de la tierra y en las profundidades marinas está más fresco.

---

\* Esto era de vital importancia debido a las actividades ilícitas que se llevaban a cabo: robo de datos, ciberprostitución, producción de sustancias y jaqueo a sistemas privados.

—Sí, pero ahí no se gana dinero y tampoco puedes agarrar sol. Vámonos.

Caminaron hasta la entrada del cementerio y tomaron la primera lancha-taxi que encontraron. Tenían que llegar a la alcaldía y cambiar el *software* que contaba los votos para hacer ganar a Germán.

—Esta noche se decidirá quién será el nuevo alcalde o alcaldesa de Tampico. Gracias a su participación, la democracia vive.

Bajaron de la lancha-taxi que los dejó en lo que era la antigua calle Colón, a una cuadra de la Plaza de Armas. Solo quedaba el cuadro principal de la plaza y unas cuantas calles alrededor. Todo flotaba gracias a un sistema hidráulico de última generación.

Hacía mucho tiempo que no iban y quedaron fascinados con la arquitectura que se conservaba igual que a principios de siglo. El kiosco de pulpo, la catedral que a falta de fieles se había convertido en biblioteca; los bancos, el palacio. Lo único diferente era la vegetación, ahora solo había cactáceas.

La alcaldía cubría su fachada con proyecciones de ambos contrincantes, las pantallas mostraban avatares de gente que vitoreaba. Esto facilitó la tarea de Éthem y Jahub, aprovecharon la distracción y rápido se desplazaron hacia la alcaldía. Gracias al descuido de un guardia, lograron colarse por una ventana abierta que daba hacia la calle. Al mismo tiempo, drones tomaban fotografías y compartían imágenes del antiguo Tampico. En los altavoces se escuchaba “El navegante”, y en las calles la gente cantaba al unísono.

—¿Cómo te sientes, Ana? —le dijo su esposa al verla contrariada.

—Estoy bien. Solo que no puedo creerlo. Estoy a nada de ser alcaldesa de esta ciudad.

Ana vestía un saco y pantalón color turquesa, así como unos lentes que cambiaban de color dependiendo de su estado de ánimo. Su esposa trataba de calmarla, pero Ana no dejaba de pensar en que debía haberse tomado un ansiolítico.

—Su familia ha llegado, señora De León —indicó un guardia.

Afuera, frente a todos, estaba la abuela. La madre y el padre de Ana esperaron en una banca, vieron cómo la septuagenaria se encerraba a solas con su nieta. Desde hace algunos años, se acostumbraba que los candidatos esperaran el resultado de las elecciones en la alcaldía, así también podrían estar más vigilados en caso de cualquier percance.

—Mira hasta dónde has llegado, Anita.

Ana le sonrió. Dejó que le tocara el cabello, tal y como lo hacía cuando era niña.

—Yo sabía que ese internado en los Alpes te haría sentar cabeza.

Ana volvió a sonreír y le agradeció por todo el apoyo. Su abuela le sonrió y la acompañó a la ventana a observar a la muchedumbre.

—Mira a toda esta gente que estás a punto de liderar. Ellos necesitan alguien como tú. Los pobres no pueden encontrar su camino por su cuenta. Y mucho menos agua, ja, ja.

Ana le siguió el juego, cual títere de ventrílocuo: asentía con la cabeza y sonreía, tal y como hacía cuando era niña.

De repente, sonó una alerta.

**SE HA DETECTADO UN INTRUSO EN EL CIBERESPACIO. REPITO. SE HA DETECTADO UN INTRUSO EN EL CIBERESPACIO. SE RECOMIENDA DESCONECTAR SU SISTEMA NERVIOSO CENTRAL PARA EVITAR CONTAMINACIONES. ESTO NO ES UN SIMULACRO.**

—Putra madre, nos tenemos que ir —dijo Éthem.

—Adelántate tú, yo tengo experiencia en esto.

Éthem asintió, pero antes de irse le dio un abrazo y le dijo que le prometiera que iba a salir antes de que fuera muy tarde. No podía imaginar una vida sin su hermano... tomó una decisión:

—No. Mejor, yo me quedo. Tú me salvaste una vez, me toca a mí devolverte el favor.

Aunque Jahub no estaba de acuerdo, entendió que hacer esto era importante para él. En un instante lo conectó al ciberespacio y tan pronto lo enlazó, se despidió y salió por la ventana.

—Tú puedes, cabrón, tú puedes... —se decía Jahub mientras salía del palacio.

Alcanzó la esquina de la cuadra y subió al primer taxilancha que se atravesó por su camino. Dio un respiro y vio cómo se alejaba del centro. Abrió su brazo biónico para enviar un mensaje a Don B. Ryan. Justo antes de enviarlo, sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral y vio cómo su brazo biónico empezaba a soltar chispas.

—Señor Jahub, usted está arrestado por delitos de cibercriminalidad y robo de datos. Ahora su sistema nervioso central y su configuración mental les pertenecen a las fuerzas de seguridad de la ciudad.

Jahub estaba rodeado por agentes de seguridad. Intentó maniobrar, pero ellos ya habían ingresado a su sistema operativo.

Le habían implantado un virus que le impedía moverse. Soltó un grito y con la poca fuerza que le quedaba se tiró al suelo.

—Hijos de la chingada —musitaba Jahub entre odio y dolor.

Unos minutos después, la lancha se detuvo. Los agentes bajaron y Jahub, a través de la puerta abierta, vio que se habían parado frente al cementerio. En ese momento, supo que nunca más vería a Don B. Ryan ni a nadie de la Comuna Cascajal. Lo último que escuchó fue el caer de una piedra sobrepuesta en una tumba y a uno de los agentes que decía: por fin los encontramos.

—Termina, puta madre, termina —se decía Éthem mientras escuchaba pasos cada vez más cerca.

En ese momento, recibió un videomensaje de Don B. Ryan diciéndole que habían capturado a Jahub y que estaban desmantelando toda la Comuna Cascajal.

—Adiós, muchacho. Lamento que terminase así. Deja esa chingadera y salva tu vida. Vete de la ciudad y sé feliz. Te lo mereces.

Una pantalla de canal muerto con ruido de fondo y una transferencia de mucho dinero siguieron el final del mensaje. Éthem sintió un golpe en el estómago y un par de lágrimas le escurrieron de entre los párpados. Presionó la barra espaciadora para detener la intromisión. La alarma de la alcaldía se detuvo.

Éthem quedó paralizado con la cabeza mirando al suelo y respirando lentamente. ¿A dónde ir? ¿Cómo escapar?

La puerta de la habitación se abrió. Ana y su abuela entraron.

—Mientras hacemos una inspección, será mejor que se queden aquí por su seguridad —precisó un guardia.

Éthem se quedó perplejo y decidió no hacer ningún ruido. Entre las mujeres y él había un librero enorme. Se acercó y decidió escuchar su conversación en la penumbra.

—Seguro es un jaquercillo enclenque —dijo la abuela—, pronto se encargarán de él.

Ana seguía asintiendo cual muñeca. No le había querido decir a su esposa que ese día estaba pensando en que había muchas cosas que no recordaba de ella misma.

Desde hace años, ella sentía que su vida era un continuo vacío de tomar decisiones y hacer a su familia feliz. Incluso la decisión de contraer matrimonio no le había fascinado en lo absoluto.

—Ya se están tardando mucho, ¿no? —alegaba su abuela.

Éthem, desde que tuvo uso de razón, había buscado a su madre. Jahub le había contado de su encuentro y, junto con Don B. Ryan, se había dispuesto a encontrarla. Sin embargo, por mucho tiempo, su estatus en el ciberespacio marcaba “Fuera de línea” o “Desaparecida”.

—¿Qué fue exactamente lo que pasó antes del internado, abuela? —preguntó Ana.

—Pues te caíste muy fuerte, niña. Ya te lo había dicho. Por Dios, cómo tarda esta gente, ya empezó a hacer calor.

—Es que, siento como si estuviera incompleta.

—Eso es producto de la fuerte contusión. A ver, voy a intentar marcar desde el teléfono de esta oficina.

Ana, que normalmente no rezongaba, se armó de valor y decidió confesarle la sospecha que tenía de sí misma.

—Abuela, siento que alguien borró una parte de mi memoria.

Éthem levantó la mirada y sintió cómo los nervios se apoderaban de su cuerpo. Un calor subía lentamente de sus

patas posteriores hasta su cabeza, mientras que el palpitir de su corazón se hacía más fuerte.

—No digas tonterías —le contestó la abuela.

—Es en serio, abuela. Sé que existen dispositivos que pueden ayudar a borrar la memoria y la identidad de alguien.

—Mejor ayúdame a marcar al servicio de vigilancia, Ana.

—Sé que son virus que se implantan en el sistema nervioso central, lo que provoca una eliminación de recuerdos tormentosos y traumas. Siento que me hicieron esto y presiento que fuiste tú.

Éthem trataba de controlar su respiración, pero el nerviosismo le ganaba. Su madre estaba en frente de él y ella no tenía ni la más remota idea.

—Lo único que tienes que saber, niña, es que a veces uno tiene que sacrificar ciertas cosas para que las personas puedan ser felices —continuó su abuela, regresando el teléfono a su lugar—, a veces son personas, otras veces son recuerdos. Sobre todo, si estos son monstruosos.

—Voy a ser presidenta y te ordeno que me digas lo que pasó.

De repente, Éthem cayó detrás de los libros al apoyarse un poco sobre ellos. El mapache yacía frente a las dos mujeres atónitas sobre la alfombra arrugada.

—Llaman a seguridad, hay un mapache en la sala —gritó la abuela con un pavor desenfrenado.

Ana miró a Éthem con extrañeza y, en cuestión de segundos, recordó que de niña le gustaba mucho observar mapaches en la playa antes de que se inundara por completo.

Éthem se irguió en sus dos patas y, sin decir palabra alguna, avanzó hacia Ana, extendiéndole su mano como si fuera a saludarla.

Ana hizo un movimiento hacia atrás, pero la curiosidad la mantuvo estática y receptiva al animal. Éthem dio unos cuantos pasos, levantando su pata izquierda hacia Ana.

Ambos se vieron fijamente, Éthem trataba de controlar su palpar, mientras Ana seguía inmóvil frente a él. El mapache se acercó un poco más cuando, justo antes de estrechar la mano de su madre, sintió un golpe muy fuerte en la cabeza. Llevó su pata a su cráneo y sintió un montón de sangre escurrir por las sienes.

Ana, horrorizada, vio a su abuela sostener la pistola aún con rastros del humo caliente después de expulsar la bala. Al lado de Éthem, un poco de sesos yacían sobre el suelo.

Éthem cayó y lo último que vio fue la figura de Ana que lo miraba desconcertada. Lo último que escuchó fue la voz de un guardia que entraba por la puerta y anunciaba la victoria de su madre, así como a un grupo de vigilantes que se acercaban a él a pasos agigantados para recoger su cuerpo.

En la conmoción, Ana no pudo ni pensar. Su abuela, rápidamente la tomó del brazo y la llevó al balcón para que dirigiera su discurso. Ana vio un montón de luces y gritos de victoria de la muchedumbre. Sus gafas se iluminaban de mil colores. Un grupo de drones le tomaba fotos, mientras que su esposa la abrazaba y le decía felicidades.

—¡Putra madre, perdí otra vez!

—Luis, sabes lo que pensamos en esta casa sobre las groserías —le dijo su padre por mensaje en el celular—. No es apropiado.

—Es que es la tercera vez que juego y nunca puedo ganar —respondió Luis.

—Quizás es porque juegas con los malos. Ser el villano nunca te trae nada bueno.

El papá de Luis, desde la sala, cerró la aplicación de mensajes para continuar con la lectura del periódico *online*. En el encabezado se leía el éxito del último videojuego para incitar a los jóvenes a unirse a las fuerzas armadas y civiles, y luchar contra la cibercriminalidad.

Después de un berrinche, Luis se resignó y se fue a sentar con su papá. Meditó en las palabras que le había dicho. Al cabo de un rato, fue a su habitación y sacó una pistola de plástico. En el corredor, puso en fila su colección de mapaches de peluche. Tomó la pistola y, cerrando un ojo, apuntó e hizo como si los matara uno a uno. A veces en el pecho, a veces en la cabeza. No falló ni un tiro.

## Foucault.exe

*La recuperación de la zona de agua dulce La Escondida es de vital importancia para poder abastecer el suministro de toda la ciudad. Sin embargo, sus habitantes todavía se resisten a abandonar este lugar, a pesar del bien común que esto representaría. Ellos serían reubicados en una de las colonias más lujosas de la zona conurbada* —se escuchaba la voz de Victoria, jefa de los recolectores hídricos, en la televisión del comedor principal del centro de rehabilitación para criminales en Altamira.

—Ya van a empezar con sus chingaderas —dijo el compañero de celda de Rogelio—, ven que no tenemos agua y ellos con sus moños.

Rogelio escuchaba atentamente. El menú del día: sopa de fideo y mole con pollo; de postre, capirotada de la abuela. Todo en forma de polvo sobre una bandeja para que lo mezclaran con agua.

—Parece pinche comida de astronautas —continuó—, ¡un pinche mole de verdad la próxima vez!

El guardia se acercó a su mesa y en un movimiento hizo entender al compañero que no tenía por qué quejarse. Cayó inconsciente al suelo, mientras que Rogelio mezclaba el mole con los 107 ml de agua que le correspondían. Un grupo

de enfermeras-robot vinieron a recogerlo. El doctor en turno le diagnosticó “odio e insatisfacción” en su sistema nervioso central; le esperaban dos días de rehabilitación para erradicar esos pensamientos y sentimientos no benéficos para el bienestar social.

Rogelio perdió el apetito después de presenciar la escena, pero sabía que, si no se terminaba la comida, los encargados vendrían a observarlo; como pudo, bebió el líquido gelatinoso del vaso y cuando terminó dejó la bandeja en el área de la cocina; finalmente, se dirigió a su sesión de reinserción y terapia en el área correspondiente al final del pasillo.

Antonio terminaba de hacer la tarea cuando escuchó a su mamá llegar con un nuevo hombre, el cuarto en dos semanas. La vio de reojo, casi como sin querer y, tan pronto se encerró en su habitación, él se puso los audífonos para evitar escuchar los gemidos de su madre.

Acababa de cumplir catorce años y estudiaba el tercer año de telesecundaria, ya que donde vivía no había una escuela disponible.

Se dispuso a resolver sus ecuaciones de álgebra, le subió el volumen a su música, pero su madre era experta en gritar cada vez más fuerte.

Antonio se levantó y fue a tocar a la puerta de la recámara de su madre.

—¡Están haciendo mucho ruido!

Por un momento, hubo silencio. Antonio aprovechó para regresar a su habitación, pero justo antes de ponerse de nuevo los audífonos, su madre y el hombre hicieron retumbar la casa. El polvo del techo de madera le caía directamente en los ojos. Rendido, decidió ir a dar la vuelta al borde de la laguna.

Rogelio ingresó a la habitación y el terapeuta le dio la bienvenida. La conversación rutinaria: “¿Cómo te has sentido?, ¿qué tal tu día?, ¿algún cambio inusual en tu estado de ánimo?”. Claramente, Rogelio no podía decir la verdad. Él sabía lo que les pasaba a las personas que eran honestas. Todo bien —decía con una sonrisa—, cada vez me siento mejor y el programa me ayuda a controlar mucho más mis impulsos.

Después de la pequeña entrevista, accedía a un cuarto privado, sin ventanas. En medio, un escritorio con una computadora, una silla, unos lentes de realidad virtual, un cesto de papel y unos Kleenex.

Rogelio iba cada semana, al principio todos los días y, con el tiempo, solo una vez cada siete. Vestía una bata blanca holgada y tenía un montón de cables conectados a su cráneo; suponía que estos medían algo en su cerebro, pero no sabía muy bien qué. Después de sentarse frente al escritorio, tomaba el *mouse*, se colocaba sus lentes de realidad aumentada, le daba clic a Foucault.exe, y se ponía los audífonos: *Rêverie* de Debussy. Finalmente, tomaba con su mano izquierda un par de kleenex. Su sesión había comenzado.

—¿Tú crees que, de verdad, nos echen de aquí? —le decía su primo, quien lo había encontrado a medio camino al descampado.

—Pues, quién sabe. La verdad es que a mí me da un poco igual —le respondió Antonio.

Ellos, junto a muchos otros, vivían en La Escondida: laguna que contenía ochenta y cinco por ciento de reservas de agua dulce de la zona después de la Gran Inundación. El gobierno había empezado a apoderarse de los terrenos aledaños desde hacía muchos años, pero algunos residentes, entre ellos, la familia de Antonio, se resistían a dejar el lugar que los vio crecer.

—Yo creo que no van a tardar —dijo su primo—, con toda esta maquinaria y grúas.

—Quién sabe...

—Igual y hoy es nuestro último día aquí, ¿no quieres meterte a nadar?

Antonio sonrió y asintió. Su primo se quitó la camisa mientras le pedía a él que hiciera lo mismo. Juntos se metieron a bañar en el agua y chapotearon como cuando eran niños.

De pronto, sonó una alarma muy fuerte y pararon. Asomaron sus cabezas fuera del agua. Se dieron cuenta de que más grúas y camiones de volteo entraban por las compuertas del terreno aledaño. Caía la tarde y un rayo de luz del cielo se asomó entre las nubes e iluminó a su primo, haciendo resaltar sus atributos atléticos y sus ojos color ámbar. Antonio se le quedó viendo, sintió un calor muy extraño y unos golpecitos en el pecho.

Su primo le sonrió, lo tomó de la mano y lo llevó a unos matorrales en medio del descampado.

—Cierra los ojos —le dijo su primo.

—¿Qué vas a hacer? —contestó Antonio.

El primo le tomó la mano y, de repente, se la metió adentro de su *short*. Antonio se interpuso de inmediato, cuando al mismo tiempo sintió la mano de su primo en el suyo. Antonio nunca había sentido una sensación así, y por curiosidad o excitación, le siguió la corriente. Sintió cómo todo se hacía más grande y húmedo. De pronto, antes de pensarlo, lo besó dulcemente. Su primo siguió frotándose contra Antonio hasta que sus dos manos quedaron pegajosas y llenas de líquido blanco.

Ambos se vieron a los ojos y Antonio en ese momento comprendió por qué su mamá gritaba tanto con los hombres. Su primo lo tomó de los hombros y lo recostó a su lado.

Antonio, abrazado a él, veía su barbilla y su barba saliente.

—Y eso que apenas tengo diecisiete —le dijo su primo—, imagínate cómo será mi barba cuando tenga treinta.

Se oyó otro rugido de las compuertas y los pájaros volaron al horizonte.

Rogelio era maestro de piano, uno de los más afamados y estrictos del puerto. Había ganado muchos concursos y vivido en varios países. Era experto en Debussy y otros músicos franceses.

Su niñez: perfeccionista y demandante. Sus padres se encargaron de explotar su talento desde niño, primero escuela y luego piano durante toda su juventud hasta los dieciocho años, edad en la que se marchó al conservatorio.

Rogelio supone que quizás fue eso lo que lo llevó a desarrollar gustos anormales. Probablemente, que sus padres lo hayan maltratado de esa manera hizo que él no viviera correctamente sus etapas y tuviera un atraso. También pensaba que quizás, solamente había nacido así.

Lo que haya sido, Rogelio entró al centro de rehabilitación y terapia por su atracción sexual por menores. A pesar de nunca haber tocado a ningún muchacho, Rogelio fue expuesto por varios de sus alumnos por insinuaciones sexuales que iban desde preguntar detalles íntimos, hasta proposiciones de actividades sexuales con su maestro. El caso que hizo estallar el escándalo fue su último alumno de tan solo doce años. Lo penoso del incidente fue que el chico era hijo de unos amigos suyos y que lo había conocido cuando tenía nueve años. Todavía recordaba los titulares de los periódicos: “Pianista pedófilo es sentenciado a tres mil días de prisión”. Sin embargo, al no haber delito de violación ni estupro, el juez ordenó, en vez de la castración química, sesiones de terapia en el nuevo centro de rehabilitación en

el que usaban la IA para rehabilitar a los prisioneros. Rogelio era parte del grupo de prueba del programa Foucault.exe que, a través de la realidad aumentada, satisfacía a los pedófilos al proveerles la actividad sexual mediante videos y estimulación cognitiva con menores de edad virtuales.

A pesar de las múltiples oposiciones al programa, los científicos que desarrollaron Foucault.exe abogaron que, si era legal la distribución de videojuegos en donde podías matar, el uso de estos *softwares* de terapia para conductas *sexuales anormales* no podía ser negado. Al ingresar al programa, el usuario podía escoger el aspecto físico, la voz y edad del menor de su predilección. El programa todavía estaba en periodo de prueba y había tenido tanto resultados positivos como negativos, por lo que no podían dar de alta a sus pacientes.

Acabada su sesión, Rogelio regresaba a su celda y charlaba con su compañero Carlos, que había sido ingresado por la misma razón.

—La neta, si alguien pudiera escoger con quién coger, nadie escogería cogerse a un niño —le decía su compañero—, o bueno, ya ni sé.

Rogelio solo asentía, hacía tiempo que había dejado de buscar explicaciones y tratar de entender.

—Además, ¿a quién putas le cuentas que te gustan los niños? —continuaba el compañero—. Cuando intenté buscar ayuda, me miraron como un depravado y me quitaron las ganas de regresar.

Rogelio se asombró de cómo su compañero seguía tan en forma —y tan quejumbroso—, a pesar del *electroshock*. A través del muro de su celda, se oía la voz de Victoria desde el comedor avisando que el desalojo de La Escondida era inminente, solo eso podía mantener la seguridad acuífera de la zona.

—Ya vienen, tíos, ya vienen —gritaba su primo con sobresalto desde la bicicleta a los papás de Antonio que estaban cenando en el antecomedor.

—Putra madre, vieja —dijo el papá de Antonio—, no te dijo nada ese cabrón al que te cogiste: ¿no era dizque del ayuntamiento?

—Sí, pero me dijo que el desalojo iba a ser hasta dentro de un mes.

—Para eso sirves —arremetió el papá.

Antonio no comprendía todos los sobreentendidos. Su primo se fue rápido en la bicicleta a avisar a todos los de La Escondida, su papá empezó a hacer unas llamadas y su mamá se puso a llorar.

—No saben lo que les espera —gritó su papá. Antonio fue rápido a su habitación y agarró la primera mochila que vio, mientras el papá y la mamá sacaban unos rifles y pistolas de protones que habían conseguido.

Unos vecinos llegaron y les dijeron que se metieran rápido a la camioneta; las máquinas iban a empezar a arrasar con todo lo que se encontraran. Todos se subieron, sin embargo, Antonio, antes de que arrancaran, recordó que había olvidado sus audífonos. Bajó rápido de la camioneta, pero esta arrancó dejándolo atrás en la oscuridad. Escuchó el grito de su madre que pronunciaba su nombre y vio las luces que desaparecían a la distancia. Al regresar a su cuarto, escuchó el rugido de las compuertas que se abrían dando paso a las máquinas.

Antonio salió corriendo y dejó la mochila en su habitación. Entre la conmoción y la adrenalina cayó a la laguna, pero la euforia lo hizo volver a la superficie en menos de un minuto y nadó tan rápido como pudo. Sus brazos se entumecieron, pero, antes de darse cuenta, sus piernas ya habían tocado fondo. En

ese momento notó que se encontraba del otro lado. Observó el paisaje detrás: fuego y hierro embestían su casa. Del otro lado, un montón de camionetas, como en la que se habían escapado sus papás; y rifles de protones resonando por todos lados, el desastre lo aturdió por unos segundos. Los rifles detonaban una bala de protones que, al contacto con cualquier superficie, explotaba y quemaba la atmósfera.

Antonio observó la batalla por unos segundos y sintió cómo un mar de lágrimas bajaba de sus ojos hacia sus mejillas. Ahí se quedó, petrificado. Tratando de entender todo lo que estaba ocurriendo.

Rogelio y todos en las celdas se estremecieron cuando escucharon los bombazos.

—Nada más eso faltaba, una puta guerra —añadió su compañero. La alarma del centro empezó a sonar y las puertas de las celdas se abrieron.

—Es la revolución, hijos de su puta madre —gritó un hombre armado, mientras sostenía la cabeza de uno de los guardias en su mano. Ahora son libres. Todos se quedaron atónitos. De pronto escucharon una tercera explosión que provenía del cuarto de al lado. Todos los prisioneros salieron despavoridos. En efecto, en la televisión, que milagrosamente funcionaba, se declaraba estado de alerta ante una posible guerra civil iniciada por grupos armados en La Escondida, contra la Guardia Nacional.

—Un gusto, mi buen —le dijo su compañero a Rogelio—, cuídate y, por cierto, no sé si te enteraste, pero el chico que fue tu alumno, por el que te metieron aquí, su papá fue uno de los que ordenó el desalojo de La Escondida. ¿No lo sabías? Ya ves, nunca pones atención a las pinches noticias, ja, ja. No cabe duda,

en esta pinche vida, un día eres presa y al otro, cazador. Ah, y cuidado con los cocodrilos, ya ves que ahora con la ciudad inundada, andan por todos lados los condenados.

Rogelio estaba sin palabras. Decidió quedarse en su celda hasta que el rugido dejara de escucharse. Había sido un día cargado de mucha información. Se escondió debajo de la litera y un cuarto impacto hizo que su cabeza golpeará el muro. A la mañana siguiente, salió por los pasillos, estaban llenos de escombros y hoyos. En efecto, no quedaba más nadie. Encontró los cuerpos de varios de sus compañeros y guardias, entre ellos, Carlos, que había sido alcanzado por una bala. Lo vio y sintió una profunda pena. Se acercó a uno de los trabajadores muertos que portaba ropa de civil, se la quitó y se la puso.

Salió y caminó hasta la carretera que llevaba al centro de la ciudad. Ni un solo coche. Absoluto silencio.

Kilómetros después, vislumbró a un chico de no más de catorce años, flacucho, moreno, de cabello negro que caminaba a lo largo de la carretera. Rogelio, curioso, se le acercó, pero el chico siguió su camino, cada vez más rápido.

De pronto, de la nada, una camioneta se paró y el conductor le preguntó a Rogelio si iba hacia el centro. Él asintió y dijo que iba también su sobrino que, como estaba conmocionado por lo que había pasado, caminaba solo más adelante. Los de la camioneta lo subieron y unos metros después pararon frente a Antonio que se quedó atónito y se escondió rápidamente en el monte.

—Denme un minuto —dijo Rogelio.

Rogelio se metió al monte y encontró a Antonio detrás de un arbusto.

—No me conoces y yo no te conozco, pero si te quieres salvar, o al menos ir a algún lado, súbete a la camioneta y sígueme el juego, ¿entendiste?

Antonio abrió los ojos y vio al hombre con barba y ojos profundos hablarle. Asintió asustado, pero ese perfil que le recordaba al de su primo le dio confianza, por lo que lo obedeció. La camioneta arrancó y quien conducía preguntó:

—Y, ¿qué andaban haciendo por acá?

—Somos de La Escondida. Mi hermana me dio a mi sobrino para cuidarlo, nos fuimos a esconder a un monte mientras se acababan los plomazos.

—Uta, me salieron collones —respondió el chofer.

La mujer que venía a su lado le pegó en el muslo, en señal de cállate la boca. Volteó la mirada hacia Antonio y le dijo.

—Vas a ver que todo va a estar bien, mijo. ¿Tienes hambre? La camioneta siguió su camino. Al acercarse a Tampico, el chofer se bajó para cubrir las llantas con una especie de aletas que le permitían cruzar las partes inundadas como lancha.

—Les presento a mi Frog —dijo el hombre—, le puse así porque es de tierra y mar.

Antonio seguía observando por la ventana, nunca había estado tan lejos de La Escondida en su vida. La mujer y Rogelio se quedaron en el coche y soltaron una carcajada al escuchar al hombre.

—Escuchen, cuando enciendo el motor, hasta hace croac.

Recorrieron la antigua avenida Hidalgo, ahora río. Cuando llegaron al centro de la ciudad, se estacionaron cerca del antiguo barrio de Rogelio, una de las zonas secas del centro.

—Putá, me acuerdo cuando antes podías caminar y no tenías que tomar un taxi-lancha —exclamó el chofer.

—Nosotros vamos por unas cosas y de aquí nos lanzamos a la montaña. Los grupos militares acordaron parar el fuego durante el día, para que los civiles que quisieran huir pudieran hacerlo, así que patitas pa qué las quiero. ¡Ámonos!

Rogelio aceptó la oferta y les preguntó si también podían llevar a Antonio. Ellos aceptaron. Rogelio le dijo que su antigua casa no quedaba muy lejos y que quería pasar por unas cosas. Antonio lo siguió.

Frente a la entrada de su casa, Rogelio se acordó del día en que lo arrestaron. Sintió escalofríos en la espalda y taquicardia. Respiró profundamente y, dada la situación, recordó que ahora nada de eso importaba.

Antonio lo observaba detalladamente e intentaba hacerse una idea del hombre que hacía algunas horas acababa de conocer. Subieron las escaleras y al llegar a la puerta de su departamento, Rogelio descubrió que este había sido vandalizado. La puerta estaba medio abierta. Halló su casa en un completo caos; pensó en llamar a sus padres. No lo hizo, no había podido perdonarles que nunca lo hubieran visitado mientras estaba en la cárcel.

—¡A la mierda, pinches viejos!

Antonio le siguió el paso y, mientras observaba a Rogelio recoger los papeles y cosas tiradas en el suelo, dirigió su mirada a la habitación donde había un gran objeto cubierto con una sábana que parecía ser un piano. Antonio se acercó y le quitó la cubierta. Nunca había visto uno de verdad, solo en la tele y los libros. Tomó el banquillo y se sentó en él. Con sus dedos descubrió el teclado y tocó unas cuantas teclas. Rogelio, del otro lado de la habitación, escuchó el ruido y, al asomarse, descubrió a Antonio sentado frente a su instrumento.

Verlo frente al piano le provocó muchas cosas. Sintió una presión en el pecho y unas terribles náuseas.

—¿Estás bien? —le preguntó Antonio.

—Sí, solo que... A todo esto, ¿cómo te llamas?

—Antonio, ¿tú?

—Rogelio.

—¿Eres músico?

—Sí.

—¿Qué hacías por allá cuando me encontraste?

—Es una larga historia.

—Mi familia desapareció en una camioneta cuando empezó la guerra.

—¿Vivías en La Escondida?

—Sí.

—Entiendo.

Silencio. Sin embargo, ninguno quitaba los ojos de la mirada del otro.

—¿Tienes un vaso de agua?

Rogelio fue a la cocina y abrió la llave filtradora con esperanza de hallar algo de agua potable. Sorpresivamente, después de mucha agua con lodo, salieron algunos chorros de agua transparente que llenaron apenas la mitad del vaso.

—No es mucho, pero es lo que hay.

Antonio tomó el vaso y lo bebió en medio segundo.

—Gracias. Tengo un poco de sueño.

—No hay que tardarnos, en poco tiempo tenemos que regresar con los de la camioneta.

—¿Puedo recostarme un poco en lo que tú buscas lo que necesitas? Yo no tengo nada que llevar.

Rogelio lo llevó a la habitación y, mientras intentaba buscar papeles que le fueran importantes, escuchó unos disparos

que provenían de la parte de abajo del edificio, justo en la plaza, en frente. Vio cómo unos militares habían juntado a un grupo de insurrectos, entre los cuales estaba la pareja de la camioneta.

—¿Qué fue eso? —preguntó Antonio.

—Nada, tú trata de descansar —le respondió desde la sala comedor.

Vio a uno de los oficiales sacar un rifle de protones y, antes de poder asimilarlo, el grupo se desmaterializó dejando un rastro de hollín y polvo negro en el suelo. Los soldados se congratularon y siguieron su camino. En ese momento, Rogelio entendió que no había escapatoria. Pensó en que, quizás, el centro de rehabilitación no era tan mal lugar como pensaba. Extrañó las conversaciones con su compañero y la comida en polvo del comedor. Sabía que tarde o temprano los encontrarían y seguramente les harían lo mismo. Fue entonces cuando escuchó a Antonio sollozar. Rogelio regresó a su habitación, desde el umbral, sintió la tristeza del chico, por lo que se acercó para consolarlo.

Dudó varias veces, pero, cuando por fin se recostó a su lado, sintió mariposas en el estómago y, antes de poder pensarlo, sus brazos rodearon el cuerpo del muchacho.

Antonio se quedó inmóvil y sintió lo mismo que cuando su primo lo abrazaba. Rogelio, súbitamente, se levantó y Antonio, para impedirlo, lo tomó de la mano.

—Espérame —dijo Rogelio.

Rogelio se dirigió a la puerta de su departamento. En ese momento, escuchó unos pasos subir por las escaleras. Puso unos muebles y su viejo piano, que era pesadísimo, detrás de la puerta, como protección. Antonio salió del cuarto y desde el corredor vio a Rogelio desesperado, tratando de protegerlo. Cuando terminó, volvió su mirada a Antonio y le sonrió. Antonio le

devolvió la sonrisa y regresó al cuarto. Rogelio abrió el clóset y encontró el tocadiscos. Todavía tenía el disco de Debussy que estaba escuchando la noche de su arresto. Lo conectó y el disco empezó a dar vueltas.

Antonio, recostado, respiraba fuertemente cuando vio a Rogelio acercarse lentamente a la cama sin perderle la mirada.

Antonio sintió cómo Rogelio se recostó a su lado, abrazándolo con los brazos y el cuerpo. Su calor lo reconfortó, en ese momento recordó las tardes en la laguna con su primo, las risas con sus papás y los cumpleaños con la gente de La Escondida, una lágrima le recorrió la sien, cerró los ojos, dio un profundo respiro y, trayendo la mano de Rogelio hacia su pecho, se dejó llevar.

En la sala sonaba *Rêverie* de Debussy, en las escaleras del edificio, pasos marciales y jadeos. A lo lejos se escuchaban más gritos acompañados de estruendos, mientras que, en el horizonte, se dibujaban bombazos y detonaciones.

## *You Can (Not) Be Happy*

y sufrir por la vida y por la sombra y por lo que no conocemos y apenas sospechamos...

RUBÉN DARÍO, *Lo fatal*.

01/09

Querido diario:

Mi psicóloga me ha ordenado llevar un registro de mis pensamientos. He empezado terapia hace más de una semana y me ha dicho que tiendo a darme por vencida muy rápido; me ha dicho que esto no es mi culpa, que cuando era pequeña y mi madre me golpeaba, mi cerebro-cuerpo aprendió a dejarse magullar y a aceptar los golpes. Ahora que lo pienso, siempre fui bastante agachada. Siempre evitativa y miedosa respecto a la confrontación.

Me ha dejado como ejercicio contestar a mis propios pensamientos, es decir, si de pronto pienso que soy una mala persona, por esto o por aquello, y que merezco un castigo, ¡zaz!, respondo inmediatamente. Por ejemplo, pensamiento: *No debí haber robado en mi primer trabajo cuando tenía diecinueve años. Robar está mal, merezco que me metan a la cárcel.*

Respuesta: *No siempre la vida se trata de castigos, puedes tomar tu experiencia como aprendizaje y actuar mejor. Hiciste lo que podías con lo que tenías y sabías. Ahora, con el conocimiento, puedes escoger mejor.*

Creo que es así. Bueno, espero poder seguir con este ejercicio. Hoy, después del trabajo, me sentí un poco sola. No importa. Seguro mañana irá mejor.

*Yours truly*, Regina.

02/09

Querido diario:

Soy una payasa firmando *yours truly*. Siempre he sido bastante posturera. Supongo que es porque durante mucho tiempo busqué la aprobación de los demás.

Ahora me da un poco igual. Sin embargo, me siento observada, culpable, enferma. Siento que, en cualquier momento, la policía vendrá a buscarme y me expondrá ante todos. Me llevarán a la comisaría y me darán la sentencia más fuerte. Ni a Jesucristo lo juzgaron como lo harán conmigo. Todos dirán cosas de mí y, sobre todo, mi madre. Ella será la primera en tirarme al hoyo, se contentará y me dirá: “te lo mereces por pendeja”.

A veces tengo miedo, no sé a dónde ir ni a quién llamar. Supongo que me lo merezco. Me fui tantos años de este infierno, ahora inundado, para regresar a encontrarme con la razón por la que me fui. Una no puede estar huyendo siempre, ¿o sí?

Regina: *¿Qué detonó estos pensamientos? Seguro estás cansada y la vida te pegó en un momento inoportuno. ¿Ya comiste? ¿Ya lloraste poquito?*

Quizás solo estoy cansada. Mis amigos me han olvidado por completo. No los culpo, tantos años que yo los abandoné y ahora espero que todo sea como antes.

Supongo que mañana iré mejor. Hoy también me sentí un poco sola y sí, lloré poquito. He estado practicando un poco de me-di-ta-ción. Vamos a ver cómo me va.

*Yours truly*, Regina.

09/09

Querido diario:

¡Ups! Lo siento. Olvidé escribir esta semana. El trabajo me ha envuelto por completo. El jueves pasado fui muy feliz: un estudiante de la universidad me ha dicho que soy muy apasionada al dar las clases.

Desde hace varios años, la búsqueda del sentido de la vida me ha parecido muy banal. No sé si haya un sentido, si la vida sea el sentido, si la existencia es una búsqueda de sentido, pero, cuando me dicen cosas así, siento que pertenezco. Quizás esto solo ocurra cuando escuchamos cosas bonitas, ¿será?

Mis intrusos pensamientos no se han manifestado. Supongo que es porque he estado ocupada. Tal vez es por eso que la gente siempre busca qué hacer. Da mucho miedo estar sola y consigo. ¿La búsqueda del sentido será hacer algo? ¿Evitar la confrontación consigo misma?

Hoy he visto a mi madre, parece que va un poco mejor. La verdad es que todavía estoy muy apenada y no me animo a verla a los ojos. Ella trata de acercarse a mí, pero creo que no puede o no sabe cómo. A veces, la vida junta a dos seres

incapaces de coexistir y los hace padres e hijos. Cómo es de cabrona la vida, ¿no?

Hoy, indiscutiblemente, fue mejor que la última vez, quizás, esta técnica está funcionando.

*Yours truly*, Regina.

10/09

Querido diario:

Hoy me cogí al albañil que trabaja en casa de mi madre. Estuvo riquísimo. El güey se vino dentro de mí, pero le dije que no se preocupara porque tenía el DIU. A estas alturas, me valen madre las ETS. Si algo me mata, que así sea.

¿Te he contado que me gusta imaginarme cómo me da una enfermedad terminal? ¿Me extrañarán mis amigos?

Durante mucho tiempo, pensé en el suicidio. Sin embargo, no es la vida la que es insoportable, es la puta gente.

Me reí tanto cuando el albañil, después de haberme medido la verga, todavía me decía señorita. Yo pensando: *Mijito, te llevo como diez años, dime mami o señora, de perdida*. El chamaco es un vato como de veinte años que se buscó un oficio porque se le daba mucho la bebida. Albañil, al final. Se dio una ducha rápida y me dijo: *pero no le vaya a decir a su jefa, señorita*. Si supiera que mi madre estaría contenta de saber que su hija tenga vida sexual y que no es una quedada como ella piensa. ¿Se habrá cogido mi mamá al chavito también? El chico no es mal tipo, pero claramente alguien como yo no puede salir con alguien como él. Mi exmarido era alemán: alto, rubio, ojos azules; un buen nazi, pues. Tan perfecto, pero tan soso. No por nada lo engañé tantas veces como pude. Recibí hace poco un

mensaje suyo diciendo que me extrañaba. La verdad, después de la cogida con el chamaco este, ni le respondí.

Hoy fue un día de muchas emociones y fluidos. Ya no sé ni qué día será mañana. Por cierto, ¿te he dicho que empecé un tratamiento psiquiátrico? Creo que por eso estoy tan caliente.

*Yours truly, Regina.*

15/09

Querido diario:

Bueno, el grito. La verdad es que nunca he sido muy patriota. Lo era cuando adolescente, pero quién no es pendejo a esa edad. Todavía hay gente que defiende estas convenciones sociales llamadas países. Se burlan de los terraplanistas, pero creen en la nación. Pff, qué ironía.

No sé cómo le van a hacer para los fuegos artificiales. Desde hace varios años, empezaron a hacer figuritas con drones en el cielo. Sin embargo, con la llegada de la realidad virtual, todos pueden observar el espectáculo desde la comodidad de su hogar.

De todas formas, en una ciudad con más del ochenta por ciento de su territorio inundado, ¿dónde chingados más se podría hacer?

Este año, harán un festejo por la recuperación del territorio de La Escondida. Al parecer grupos armados reaccionaron con violencia, sin embargo, los escuadrones y grupos recolectores hídricos los abatieron en poco tiempo. Ni me acordaba.

¡Viva México! ¡Vivan los héroes que nos dieron patria!

¡Vivan los pendejos que desmadraron la república!

¡Vivan los grupos recolectores hídricos que nos dieron agua!

Sé que nos merecemos todo esto. Nos dijeron por años que la escasez de agua se avecinaba y nadie hizo caso. Ayer vi el precio del dólar: un dólar estadounidense equivale hoy a treinta y cinco litros de agua.

Ah, por cierto, hoy el albañil me había invitado a una fiesta en su colonia. Creo que le gusto, ja, ja, ja. Obvio no voy a ir, además, qué ganas de tomar caguamas y comer Sabritones.

*Yours truly*, Regina.

20/09

Querido diario:

Ya no he tenido más pensamientos intrusivos. No sé si es por esta técnica, por el medicamento o por el trabajo: ¿te he contado que estoy redactando mi tesis de filosofía y lenguaje?

Desde mis primeras crisis emocionales, empecé a investigar más sobre nuestra mente; encontré que había un enlace entre lenguaje, cognición y condición humana.

Me parece que, cuando somos pequeños y nos encontramos con el lenguaje, nuestro cerebro activa una función que nos hace imposible el no significar, es decir, hace que toda nuestra existencia sea un miserable andar buscando el significado de cosas que no lo tienen. Esto nos hace vivir en un absurdo y una disonancia cognitiva continua. Entendí que, si me siento sola, no es porque esté sola, es porque le doy una significación a un estado determinado en un punto de mi vida; lo atribuyo a algo preexistente en mi cabeza que, normalmente, está asociado con algo bueno o malo, lo que me produce tal o cual emoción. La

búsqueda de significado no es más que una disonancia cognitiva de la existencia: no hay significado, no hay nada que buscar y, al mismo tiempo, nos decimos que sí hay significado. ¿Dónde lo podré encontrar?

En unas semanas es el cumpleaños de mi madre. La muy hija de puta me reenvió la invitación —que yo le diseñé—, diciendo que me invitaba a su fiesta. Allí estarán todos. Con esas miradas y bocas para criticar, con sus *pero cada quien*. Quisiera apagar esa función de mi cerebro. ¿Cómo la apago?

*Yours truly*, Regina.

28/09

Querido diario:

A veces pienso en mi exilio. Me fui porque ya no soportaba la situación con mi madre ni con la ciudad. Quién diría que la encontraría peor al regresar.

Alemania fue increíble: muchos excesos y muchas experiencias. Mi primer matrimonio y mi primer divorcio. Sexo, mucho sexo. Actividades ilícitas que bien me pudieron haber metido en problemas y uno que otro éxito facilón. La vida fue cómoda, pero después de algunas guerras, todo se volvió más caro y la migración una mierda. Tenía un poco de miedo de regresar y tener que enfrentar cosas que no quería, pero creo que uno no puede estar escapando todo el tiempo de lo incómodo. No sé. A veces, siento que no tenemos que hacer ni madres.

La inundación, aunque destruyó casi toda la ciudad, no es tan difícil de sobrellevar. Esto demuestra que somos cucarachas, el planeta trata de deshacerse de nosotros, pero no puede. Pobrecito.

Todos mis amigos siguen vivos, aunque para mí estén un poco muertos con sus vidas monótonas y rutinas aburridas. Supongo que por eso no me hablan. Me dan tanta pereza.

Creo que le voy a comprar unos girasoles a mi madre. La cabrona no quiso que la invitara a comer a un restaurante, pues, bueno. Yo sé que no tengo que regalarle nada, pero mi cerebro y su capacidad de significar no me lo permiten. Así mi triste condición de *Homo sapiens*.

¿Te he dicho que mi alumno no deja de hacerme cumplidos? Un poco falsos a mi parecer. Creo que quiere buenas calificaciones. En fin.

*Yours truly*, Regina.

30/09

Querido diario, quiero compartirte este poema:

Hermetismo

Ahí va la burbuja,  
el viento la lleva de la mano, el niño que le ha dado vida,  
se le queda observando, callado.

La ve subir por las palmeras,  
esquivando los puntiagudos palos, parece que explotaría,  
en cualquier momento dado.

Etérea, suave y dócil,  
sube lentamente al ocaso,  
el niño que con amor la veía, se resigna rápido al fracaso.

Corre con su madre y le dice,  
¿mamá, por qué no se ha quedado? Estábamos tan bien juntos,  
quizás es que no le he gustado.

Querido, hijo, sabrás que en la vida, nosotros somos como esa  
burbuja, que cerrada se protege del mundo, de su maldad que  
acecha y estruja.

Y es que en estas burbujas, estamos tan ensimismados,  
creyéndonos todopoderosos, inmortales, sobrehumanos.

En nuestra carrera al ocaso, vamos sin darnos cuenta,  
que el punto de partida, es también la meta.

Y así, encerrados,  
vamos corriendo en el mundo, por eso hay tantos que lloran,  
así como tú hace un segundo.

Con el tiempo y un poco de sabiduría, en esa carrera, tú decidirás,  
si explotar en el ocaso solo,  
o si explotar con alguien más.

Tiembla Octavio Paz, que además era muy machista, ja, ja, ja.  
Ay, por Dios, como si yo creyera en esas pendejadas. Todos los  
humanos somos una mierda, hombres, mujeres o lo que sea. El  
albañil no deja de escribirme, mi alumno también, ¿cómo los  
corto? ¡Pinches hombres intensos! El cumpleaños de mi madre  
es pronto. Estoy que me cago.

*Yours truly, Regina.*

07/10

Querido diario:

El cumpleaños de mi madre fue un desastre. Ahora estoy a la espera de una sentencia por intento de homicidio. No sé si fueron los medicamentos, el alcohol o la mezcla de ambos, pero lo último que recuerdo es que mi tío me detenía del brazo mientras yo apretaba con el otro el cuello de mi madre, toda embarrada de pastel, y el cuchillo estaba en el suelo. Supuse que había intentado matarla... de nuevo. La primera vez no se dio cuenta, pero ahora, la cabrona percibía algo. Alcancé a notar una pistola en su mano mientras trataba de ahorcarla. Mi psicóloga me había dicho que no era raro el resentimiento de ciertos hijos a sus padres cuando estos se habían portado de forma violenta hacia ellos. Pero yo le mentí, nunca le dije que había tratado de deshacerme de ella. Quizás, si lo hubiera sabido, no me habría recetado los fármacos. ¿O fue el psiquiatra? ¡Putra madre! Faltaba solo una semana para firmar contrato con el laboratorio para el uso experimental de mi proyecto en una máquina. ¿Ahora qué? Yo solo tenía muchas ganas de cogerme al chico albañil de nuevo, me lo iba a agarrar en la fiesta, aunque, ahora que lo pienso, no sé por qué mi mamá lo invitó, seguro también se lo cogió. Además, la próxima semana iba a ver a mis amigos, que por fin recordaron mi existencia. Bueno, en realidad, iban a venir a mi casa para festejar la firma del contrato. Porque, claro, si yo no organizo, nadie hace nada. ¿Qué van a decir en la universidad? Ya no voy a ver a mis alumnos. Creo que me gustaba mi estudiante que me hacía cumplidos todo el tiempo; tenía un culito maravilloso. ¿Quién se va a encargar de mi casa? ¿Mi mamá? La muy puta capaz y vende todo. ¿Mis amigos? Seguro ni se acuerdan dónde vivo. ¿Mis alumnos? No, ellos

son los únicos que me quieren. ¿O será que me quieren para que les dé una buena calificación? Me estoy sobrecalentando la cabeza. ¿Cómo se apaga?, ¿cómo se apaga? No me acuerdo de mis ejercicios de meditación. Puta madre. Soy una estúpida. ¿Sabes qué? Tú, mi querido pinche diario, puedes ir a chingar a tu madre junto con todos: mi mamá, mis alumnos, mis amigos. Váyanse a la mierda todos. Los odio.

Tu pinche *truly*, Regina.

Después de analizar su diario, los doctores concordaron en que Regina sufría de un trastorno generalizado de ansiedad y depresión.

Casualmente, esa semana, el laboratorio que la trataba se adueñó de su trabajo —con ayuda de la universidad—, e implementó un fármaco que borraba, por unos minutos, la capacidad del lenguaje de los pacientes, el cual se utilizaría como tratamiento terapéutico. Regina no estaría, entonces, del todo equivocada.

Este hallazgo serviría como campaña electoral para el nuevo gobierno que proponía acabar con la tristeza y la depresión. El juez acordó que, en vez de enviarla a un centro de rehabilitación, Regina serviría como conejillo de indias para este nuevo tratamiento. Ella aceptó, o eso es lo que cuentan.

Un día después de su aprehensión, Regina ingresó al cuarto de seguridad vestida con una bata. Alrededor, solo veía blanco por todos lados y, en una de las paredes, un espejo. Miró a su alrededor y al sentirse nerviosa, empezó a reír desquiciadamente. Un enfermero se le acercó, con ayuda de un desfibrilador, la tumbó al piso y le inyectó una sustancia azul. En el momento del pinchazo, sintió frío; después, un golpe, como una contusión muy fuerte. Se levantó y sintió mucho miedo y

ansiedad. De pronto, sus piernas le fallaron y quedó inmóvil en el piso. Volteaba la cabeza, primero a la derecha, luego a la izquierda y así, sucesivamente. Regina volteó hacia el techo y sintió cómo sus pensamientos desaparecían uno a uno. Frunció el ceño y, observando el blanco eterno, esbozó una sonrisa con la comisura izquierda. Inmediatamente, una somnolencia se apoderó de ella y empezó a babear. Soltó una carcajada y luego otra. Se quitó la bata y empezó a mear y cagarse encima.

Recuperó la fuerza en las piernas, pero decidió permanecer en el suelo. De repente, volteó a la derecha y vio que no estaba sola. No tenía recuerdos, pero todavía, con un poco de consciencia, reconoció a su madre también en bata y babeando por la comisura derecha.

Primero, se apartó. Sin embargo, súbitamente, la madre se acercó a ella y, en un esfuerzo por tocarla, Regina la abrazó. Ambas comenzaron a llorar, a lo que casi inmediatamente siguió una risa esquizofrénica. Se levantaron del piso y empezaron a perseguirse como niñas jugando a las traes. La madre de Regina tomó la mierda de su hija y se la tiró cual lodo. Risas a borbotones inundaban acústicamente la sala.

—Sabía que era una buena idea poner juntas a las dos —se dijo un doctor en la sala de observación detrás del espejo, quien había propuesto enfrentar a su paciente con la causa de sus males. Sin embargo, no entendía del todo cómo es que la mamá había aceptado.

—Creo que, en el fondo, todos los padres se sienten profundamente culpables —exclamó un interno.

—¿De qué? —le contestó el doctor.

—De traernos a esta vida —respondió el interno.

Se felicitaron por el experimento y las dejaron unos momentos más para saber en cuánto tiempo pasaría el efecto.

En la sala, los muros se empezaron a llenar de algo parecido a pinturas rupestres, hechas con las heces recuperadas del suelo. Al observarlas, los doctores y científicos reconocieron la historia de una mamá que daba a luz a una niña que, por su sonrisa, parecía inmensamente feliz.



## El gay del salón

Claudio apagó la luz del laboratorio. Cerró la puerta con llave y caminó por el pasillo de la facultad. Solo se escuchaban sus pisadas y el tintineo de sus llaves que chocaban contra su cinturón.

Llegó a su coche y encendió la radio; anunciaban por todos lados un gran diluvio. Él ya hacía muchos años que no escuchaba las noticias, le parecía que el ejercicio de preocuparse por temas más allá de sus intereses profesionales era innecesario.

Al llegar a departamento, se dispuso a ver un poco de televisión. Se quitó la camisa, se abrió el pantalón y antes de pensarlo se encontró viendo pornografía. Sus búsquedas cada vez eran más sosas. Hacía muchos años que no tenía ninguna cita. Su último romance había terminado de forma tan brutal: “Creo que ya no deberíamos vernos”. Se masturbó con un video de una pareja *amateur*. Le daba morbo ver un poco de amor en el monstruo que es la empresa de videos para adultos. Tras venirse, se limpió con un Kleenex y se tomó unas pastillas para dormir.

A la mañana siguiente, la rutina de nuevo: Claudio se levantó, se lavó la cara, se metió a bañar, se volvió a masturbar en la ducha, esta vez, pensando en un amante que había tenido hace algunos años. Su nombre era Eric, casado, padre de familia,

pero con un miembro que lo hacía vibrar. Solo por eso se había hecho pendejo, por eso y porque cada vez que lo veía le decía que ahora sí dejaría a su esposa por él. ¡Claro!, un hombre que le llevaba veinte años iba a dejar toda su vida por alguien que podría ser su hijo.

Se terminó de duchar y se vistió. ¿De qué hablaría en clase? Ese día, su *smartphone* le recordó que tenía una cita en el hospital. Necesitaban su ayuda para el nuevo programa de edición genética que estaban probando. Bajó al garaje, subió a su coche y encendió el motor. Salió de su torre de departamentos y una vez incorporado en la avenida, decidió no apresurarse ni saltarse ningún semáforo. Absorto en sus pensamientos, vio los autobuses pasar. Algunas gotas de lluvia se deslizaban en el parabrisas. En la radio solo se hablaba del gran diluvio que se avecinaba. ¿Otra vez? Verde. Pisó el acelerador y bajó el volumen.

—Los padres del niño son Manuel y Clara Watteau.

Claudio dejó de leer el reporte y subió la mirada a los ojos del interno.

—¿Todo bien, profesor?

—Sí, sí, solo que ese apellido me suena familiar. ¿Cómo dijiste que se apellida? —contestó Claudio titubeando.

—Watteau.

Si a Claudio algo no le fallaba era la memoria. No había muchos Watteau en Tampico y si los había seguro eran familia.

—¿Me permites ver el expediente de los padres?

El interno le extendió el reporte y Claudio lo tomó. Le pidió que se retirara; le dijo que quería analizar los reportes para determinar la mejor opción para el bebé.

Se instaló en una oficina que tenía en el hospital y rápidamente abrió su Facebook para corroborar la información que acababa de recibir. Manuel Watteau iba a ser papá.

—Mejor lo dejamos aquí, Claudio.

—No entiendo por qué te pones así.

—Mira, llevo mucho tiempo pensándolo, pero creo que tú y yo ya no somos compatibles.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué no te das cuenta, Claudio? Solo me usas para coger, ya casi no nos hablamos, apenas nos topamos cuando regresas de tus investigaciones y cuando quiero pasar tiempo contigo me dices que estás cansado.

—Pero eso tú ya lo sabías, hablamos de esto antes, te dije que mi doctorado iba a ser muy demandante.

—Pero no se trata de eso, Claudio. Parece que nada te interesa más que tú. ¿Cuándo fue la última vez que fuimos a cenar? Dime, ¿cuándo fue la última vez que vimos juntos una serie?

—Sabes que detesto las series.

—Exacto, solo piensas en ti. Y yo ¿qué? Sabes que a mí me caga la biología. Me aburren tus pinchos conferencias y no entiendo lo que escribes. Y, aun así, te apoyo.

—Pues es que lo que yo hago es importante.

—¿Y yo no lo soy? Mira, te amo, pero desde hace tiempo siento que...

—¿Qué?

—Siento que quiero estar sin ti.

—No me puedes decir eso. Yo te necesito.

—Necesitas que alguien te cocine, te lave, te planche, te atienda. Para eso consíguete un empleado. Eres un puto narcisista, cabrón. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo por mí?

—No te tienes que poner así.

—¡Dime!

—No recuerdo.

—Exacto, Claudio. ¿Ves? Además...

—¿Además, ¿qué?

—No, nada.

—Dilo, ya que estamos en esto, mejor dilo, cabrón.

—Pues es que yo sí quiero tener hijos, Claudio.

Claudio lo confirmó. Manuel iba a tener un hijo. Suponía que era con la mujer que estaba en el expediente. Cuando leyó las hojas, el corazón se le cayó. Sintió pesado el estómago y quiso vomitar. Manuel Watteau, su antiguo novio, iba a ser papá. Claudio salió de la oficina y se dirigió al interno. Supuso que quizás la causa para editar sería evitar alguna enfermedad autoinmune, lo clásico.

—No es por una enfermedad, profesor —le dijo el interno.

El chico tomó un aire penoso. Se cohibió y se mordió las comisuras de los labios.

—Dime, por Dios, muchacho —le contestó Claudio.

—Es que, el señor Manuel, pues, hijole, me da mucha pena.

—Dime, por Dios.

—Es que el señor Manuel pidió que borráramos cualquier genoma que predispusiera a su hijo a ser gay.

—Eres un pendejo.

—Yo seré un pendejo, pero no un puto egoísta como tú.

—Eres un imbécil.

—Yo quiero un hijo, Claudio. Quiero alguien que me diga papá. Quiero cargar a alguien en mis brazos y verlo crecer. Quiero llevarlo a la escuela y ayudarlo a estudiar. Quiero verlo descubrir la vida. Quiero nietos, ¿es mucho pedir, Claudio?, maldita sea.

—Tú sabías desde el momento en que nos conocimos, Manuel, que yo no quiero procrear. Ni siquiera adoptar.

—Pues sí, pero yo he aprendido a ceder en muchas cosas, ¿tú?, ¿en qué vas a ceder?

—Pues si es así, te hubieras quedado con tu pinche novia de antes de conocerme.

—¿Ves cómo te pones?

—Yo creo que lo que te da miedo es darte cuenta de que eres gay y el impacto social que es vivir con un hombre.

—Soy bisexual, carajo, Claudio. ¿Siempre me lo vas a reprochar?

—Yo creo que ya te cayó el veinte de lo que significa ser homosexual y te da miedo.

—Ahí vas de nuevo con el victimismo.

—Claro, que no, Manuel. Tú no sabes lo que es el rechazo. Tu familia ni siquiera me conoce, sigo siendo tu *roomie* después de tantos años. Yo nunca te dije nada cuando me engañaste tantas veces con esas chicas en el antro para aparentar.

—Eso fue hace dos años. ¿Sigues con eso?

—Manuel, yo te amo y quiero seguir contigo, pero siento que tú ya no, y estás utilizándome como excusa para largarte.

—¿Ves?, ahí vas de nuevo, haciéndolo todo sobre ti.

—¿Sabes algo?, a lo mejor sí tienes razón. Lo mejor es no seguir.

—¿O sea que estás de acuerdo?

—Agarra tus putas cosas y lárgate de mi casa.

—Es nuestra casa.

—¡Que te largues o te parto tu madre!

—Putra madre, Claudio, con esa pinche actitud te vas a quedar solo.

—Pues muy mi pedo, pinche vato pendejo.

—Pinche Claudio, estás mal, cabrón. Te quedas solo.

Adiós.

—Manuel, digo, el señor Watteau sabe que eso no es posible. La orientación sexual no está determinada solo por factores genéticos, hay muchos factores que influyen en eso.

—Sí, profesor, pero ya sabe cómo son los ricos. Yo no quería decirle, porque, bueno, yo sé que usted es...

—Así déjalo, muchacho. Te agradezco.

—Lo siento mucho, pero pues ya sabe cómo es aquí.

Claudio estudiaba los problemas éticos de la edición genética con el programa CRISPR. Desde que se empezó a tratar a mujeres embarazadas, hubo muchísimas anomalías y polémicas con respecto a ciertas demandas de los padres. Al final del día, los padres siempre la terminan cagando, se decía Claudio. Sin embargo, no podía dejar de pensar en la decisión de Manuel de haber, siquiera, contemplado tal acción.

Acabada su jornada, Claudio salió del hospital y regresó a casa. Esta vez, puso un capítulo de *Drag Race* para desconectarse. De nuevo, en las noticias, todo el mundo hablaba del diluvio. Antes de dormir se volvió a duchar y pensó en todas las posibilidades del hijo de Manuel. Se le vinieron a la mente un sinfín de escenarios: él podía vengarse y hacer que el hijo de Manuel tuviera una malformación congénita o algo peor. Por el puesto que tenía, era

muy fácil deslindarse de esa responsabilidad y, aunque no fuese así, con la vida que llevaba, tampoco le molestaba ir a la cárcel.

En la cama, tomó más somníferos de lo habitual. Aun así, tuvo muchos problemas para dormir. Mil imágenes recorrían su mente. Lo que más le molestaba era una fotografía que había encontrado en una de las redes sociales de Manuel, en la que se le veía inmensamente feliz, al lado de su esposa y toda su familia.

A la mañana siguiente, al despertar, sintió taquicardia. Intentó calmarse con ejercicios de respiración. Aprovechó su erección matutina para calmar el estrés, pero solo logró terminar llorando y sentirse asqueado por la vida que había llevado hasta ese momento.

—Espero hoy sí atropellar a alguien.

Cuando llegó al hospital, Claudio recorrió el pasillo central casi corriendo. Tenía un semblante de pocos amigos y sus ojeras parecían más pronunciadas ese día. Se sentó en su computador y anunció que sus clases de ese día estaban canceladas. Comenzó a escribir el reporte y no paró de dactilografiar hasta que terminó. Tecléo tan rápido y con tanta fuerza que los dos internos que intentaron hablarle desistieron por miedo a que les gritase o algo peor.

Mandó a imprimir la aprobación del tratamiento y se dirigió a la recepción. Le hizo una seña al interno encargado del asunto cuando, de repente, vio a Manuel sentado en la banca de pacientes en espera; se veía incluso mejor de lo que lo recordaba. Vestía una chamarra de cuero y tenía una barba cerrada estilo vaquero. Se levantó del asiento y se dirigió hacia el mostrador. El interno intentó despabilar a Claudio de su trance, pero no fue hasta que cruzó miradas con Manuel que la realidad volvió a formar parte de su percepción.

Manuel lo vio pesadamente: fijó la mirada en él como diciendo no me hables, por favor. Al lado suyo, una mujer con una panza que parecía de trillizos se inclinaba hacia enfrente, apoyando sus manos contra su espalda baja. Ella notó la mirada de Manuel y dirigió sus ojos a Claudio con una cara de huelepedo y con un aire de no te conozco, pero creo que igual me caerías mal.

—¿Ya tiene listo el reporte, profesor? —dijo el interno.

—Sí, sí, eh, creo que olvidé algo en mi oficina.

Claudio regresó y, sin saber por qué, modificó de nuevo los datos. No lo carburó, simplemente se maquinizó e imprimió. Le habló a su interno para que viniera a su oficina, este llevó los documentos a recepción. Minutos después, desde su ventana, Claudio vio a Manuel y a su esposa dirigirse al estacionamiento.

—¿Quién era ese, Manuel? —le preguntó Clara.

—Era un compañero de la escuela.

—Pero tú fuiste a comercio y él creo que es doctor.

—Sí, bueno, compañero de secundaria. Es biotecnólogo, creo.

—Ah, y ¿eran buenos amigos?

—No mucho. Menos cuando supe que yo le gustaba.

—Ah.

—Sí, pues era el gay del salón y como yo fui amable con él, pues se confundió. Por eso ni lo quise saludar.

Entraron al coche. Clara se tocó la panza, Manuel encendió el vehículo y cambió de primera a segunda la palanca de velocidad. Hubo un silencio que se interrumpió con una canción de Lady Gaga.

—Esas cosas de jotos, aquí no, ¿verdad, mi amor? —precisó Clara, de nuevo, acariciándose el vientre, mientras cambiaba la estación.

Manuel solo pensó que Claudio se veía muy jodido. Se alegró de haberlo terminado y continuó el camino que empezaba a encharcarse con el agua de lluvia.

Claudio terminó su día exhausto y con unas ganas tremendas de morir. Llegó a su departamento y se metió a un sitio de citas en línea. Se calentó y, después de unas cuantas *nudes*, llegó un muchacho unos diez años menor que él a la puerta de su departamento.

—Te veías diferente en la foto, lo siento amigo, yo no me meto con gente *fake*.

Claudio se quedó pasmado en el umbral mientras vio como el muchacho se marchaba por el pasillo. Regresó a su sofá y buscó *escort gay en mi ciudad*. Después de quince segundos de búsqueda exhaustiva, contactó al de la cara más fea, el cuerpo más flaqueado tipo chacal y el pene más grande.

Se fue a duchar y después de una hora y unas lavativas, escuchó el *ding-dong* del timbre. Abrió la puerta y corroboró: cuerpo de tentación, cara de arrepentimiento. Lo invitó a pasar al cuarto y rápidamente se desvistieron. Le dijo que no le hablara. Claudio solo quería que se lo cogieran. Nada más.

Esa noche no tomó ninguna pastilla. La cama del departamento nunca había tenido tanta actividad. En el cuarto se escuchaban golpes y gemidos; afuera, gotas de lluvia que golpeaban el cristal de la ventana, cada vez más gruesas y cada vez más fuerte.



## La casita solar *punk*

Visos, reflejos, reverberaciones,  
centellear de formas y presencias,  
niebla de imágenes, eclipses,  
esto que veo somos: espejos.

OCTAVIO PAZ, *Cuatro chopos*

En lo alto de la colina, blanca y reverberante, rodeada de jobitos, palos de rosa y mangos, mástiles herbáceos que crecen señalando el cielo, se hallaba la casita solar *punk*.

Construida en la punta del pueblo, la casita había encontrado refugio de la terrible inundación. Ahora quedaba a unas cuantas cuadras de la nueva orilla de la laguna.

Alguna vez habitada, la casita solar *punk* conservaba aún vestigios de su antiguo dueño: cuadros pintados, plantas moribundas, muebles y decoración de principios de siglo, herencia de su madre, a la que nunca le dio gusto que su único hijo no fuese a tener familia.

La casita era de dos pisos. Las rejas y los antiguos portones habían sido vandalizados y, a veces, fungía como punto de encuentro para enamorados discretos, toxicómanos empedernidos o alguna que otra sesión de fotos de pseudoartistas fascinados por la nostalgia y melancolía del lugar. Grafitis

decoraban algunas de sus paredes y las ventanas, siempre abiertas, dejaban correr el aire para que la casita estuviera fresca. El polvo y las telarañas que cubrían ciertas esquinas le hacían compañía a los panales de avispas y abejas que se instalaban según la temporada.

En los lugares más húmedos, la flora había retomado territorio: julietas y romeos escalaban las paredes. El moho en los lavabos y retretes había provocado que insectos hicieran de estos su nuevo hogar. Algún pájaro se había apropiado de los espacios en los clósets para hacer su nido y en los lugares encharcados, a falta de impermeabilización, ranas y renacuajos jugaban a las escondidas.

En la azotea, un ejército de paneles solares le respondía al sol. Las marcas en el piso indicaban que unos cuantos habían sido robados, sin embargo, el peso y lo difícil de su desinstalación hicieron que casi todos se conservaran intactos, solo unas manchas de óxido cubrían las esquinas por falta de mantenimiento y exceso de humedad.

Desde arriba, los árboles cubrían lo que antes era un alledaño terreno baldío. Milpas y plantas frutales a medio morir se dibujaban en el suelo, el proyecto de huerto nunca funcionó. Nadie compró nunca las hortalizas y frutos que ahí se cosechaban.

Un sistema de captación de agua de lluvia sobrevivía a pesar de estar casi completamente carcomido por el sol. En el depósito, yacían unos cuantos cadáveres de animales cubiertos de moho y dos que tres cucarachas que hacían de este lugar su morada.

Afuera, el cemento había cedido ante la maleza. En todo el patio, el zacate cubría el suelo a veces decorado por botellas de cerveza, condones y alguna que otra jeringa usada.

A las seis de la tarde, el cri-cri y el croac formaban una orquesta. Los últimos rayos de sol adornaban la casita solar *punk*: la *golden hour* le sentaba muy bien. Todo se coloreaba de ocre y ámbar. Parecía que el tiempo quedaba suspendido. Una brisa de viento de mar se colaba por ahí de las siete y quince. Las hojas de ricino se movían, los muebles moribundos crujían, los carillones de viento rotos emitían un quebradizo sonido y los pájaros graznaban.

Pasado el anochecer, las luciérnagas comenzaban su baile; la casita solar *punk* se vestía de navidad. Algunos animales salían de su guarida: los gatos jugaban a las traes, los tlacuaches y mapaches hacían que los muebles se movieran de su sitio. Casi a medianoche, el silencio ahogaba el predio. No se escuchaba ni el eco del viento. Después de la inundación, todo el mundo se había ido, al lado de la casita solar *punk* ya no quedaba nadie más.

El día que cayeron los meteoritos, una luz blanca rebotó contra los muros y miles de partículas se desprendieron al instante. A pesar de su encanto, la casita solar *punk* sucumbió. Un estruendo hizo temblar la tierra. El mar se estremeció y con su vaivén destruyó todo lo que encontró a su paso.

Cuando los meteoritos tocaron la tierra, el aire y el suelo se quemaron. No quedó nada más. A la mañana siguiente, una nube densa de humo y arena cubría todo el paisaje. El poco viento que soplaba solo avivaba más las llamas. Esa tarde, y todas las que hubo después, no brillaron los rayos vespertinos del sol, las plantas perecieron, los pájaros ya no cantaron, las luciérnagas se apagaron, era como si la casita solar *punk* nunca hubiese estado allí. Todo dejó de existir, solo quedaban cenizas, escombros y mucha tierra.



## *Mindfulness premium*

¡Hola!

Bienvenido a tu *app* de meditación.

Gracias por escogernos para acompañarte en este viaje.

Tu viaje,

Encuentra un lugar cómodo para sentarte, puede ser una silla, un cojín o en flor de loto sobre un tapete. De preferencia, escoge una habitación silenciosa.

Si no tienes una, no dudes en comprar los tapones de oídos que recomendamos en el apartado de novedades de tu *app*,  
Namasté.

Respira lentamente, inhala por la nariz y exhala por la boca. Concéntrate en tu respiración. En un momento, empezarás a visualizar imágenes en tu mente. No les prestes mucha atención.

Para mejores resultados, comparte tu perfil de teléfono, así podremos personalizar tu experiencia. Gracias por compartir tu perfil. Namasté.

Sigue respirando, no olvides que hacerlo es muy importante. Que cada respiro sea consciente, que cada exhalación sea liberadora. Hemos notado que sueles buscar videos de meditación después de visitar el perfil de tu exnovio. Sigue respirando. También, observamos que el primer sitio web que visitas los días de pago es de compras en línea. Sigue respirando. Encontramos búsquedas de depresión y ansiedad en tu historial. Sigue respirando.

¿Deseas conceder acceso completo a tu historial de búsqueda para así personalizar más tu experiencia?

Gracias por darnos acceso. Namasté.

Sigue respirando. Tus pulmones son tu guía y tu aliento, la vida que nace en ti. Ahora, cuando escuches el sonido, puedes emitir un gran “OM”, como tú quieras. Haz que este OM sea tuyo.

OOOOOMMMMMMMMMMMMMMMMMMM

¿Sabías que sueles buscar a tu ex entre las cuatro y las cinco de la tarde? Horario que coincide con tu salida del trabajo.

¿Estás feliz con tu empleo? Sigue respirando. Parece que recorres muchos kilómetros de tu casa a tu lugar de trabajo. La música que escuchas parece muy nostálgica. ¿Has pensado platicar con alguien sobre cómo te sientes? Sigue respirando.

En nuestro sitio web, tenemos una lista de excelentes psicoterapeutas que pueden ayudarte con tu problema.

Para esto, ¿podrías darnos acceso a tu perfil biométrico en línea y así encontrar el indicado para ti?  
¡Gracias por compartir tu información! Esta es preciada para nosotros. Namasté.

Vemos que has visitado al doctor varias veces últimamente. Sigue respirando. ¿Dolor de cabeza? ¿Tensión? Esos son indicadores de estrés. Sigue respirando. Vemos que has tomado ansiolíticos recientemente. ¿Ideación suicida? Sigue respirando. Tus niveles de dopamina y serotonina están muy alterados. Observamos que para combatirlos publicas muchas *selfies* y postear muchas historias. La última fue de tu perrito que murió. Por tus mensajes de texto, vemos que fue un regalo de tu ex. Sigue respirando.

Vemos que posteaste una foto con tu mamá. ¿Era importante para ti? Sentimos mucho su muerte. Sigue respirando. ¿Tu padre aún vive? Sigue respirando. Tus hermanos parecen llamarte y tú no contestas.

¿Estás segura de que no hay un problema?

Sigue respirando.

En tus publicaciones, te quejas de tu jefe y tu trabajo. Notamos mucha tensión. ¿Has tenido problemas con él? Hemos notado que ha dejado de contestarte en tu buzón de mensajería instantánea. Sigue respirando.

Gracias a tu *app* de salud, hemos identificado un embarazo. ¡Felicidades! Un nuevo bebé viene en camino.

No dudes en contratar nuestro servicio Yoga Bebé, para que los chacras de tu pequeñín estén alineados desde su nacimiento.

¡Enhorabuena!

En unos minutos, escucharás un sonido para indicar que la meditación ha terminado. Gracias por compartir tu valioso tiempo e información con nosotros. Namasté.

Con esta sesión de meditación acaba tu versión de prueba. Para no perder tu progreso, te recomendamos invertir en tu salud con la versión *premium* de nuestro programa. Esta nos permitirá darte seguimiento en este camino, tu camino para llegar al bienestar y a la felicidad, tu felicidad. Namasté.

En el apartado de pagos, podrás ingresar tu número de tarjeta y tendrás la opción de pagar por mes o por año.

¡Qué coincidencia kármica! Esta semana tenemos veinticinco por ciento de descuento en tu pago de anualidad y diez por ciento adicional para el próximo año si invitas a algún amigo.

Para nosotros es importante que más personas tengan acceso a su bienestar y felicidad a través de la salud mental y tú nos puedes ayudar a cumplir nuestra meta.

¡Gracias por tomarte un tiempo hoy y esperamos verte pronto! Te queremos mucho y recuerda: tú eres valiosa, tú eres luz, tú mereces todo lo bueno del mundo.

Te amamos.

Namasté.

## El último *Homo sapiens*

—Los *Homo sapiens* vivieron en diferentes tipos de grupos sociales antes de su gran extinción —la profesora cambió de diapositiva y mostró un mapa del planeta Tierra—. En la Tierra, habitaban muchas especies además de nuestros antepasados. De hecho, incluso antes de estos, los seres humanos convivieron con otros homínidos.

Un estudiante levantó la mano:

—Profesora, leí que nuestros antepasados no podían regenerar su cuerpo como nosotros ya que vivían con un profundo temor a la incertidumbre y al dolor.

—Es correcto —prosiguió la profesora.

La profesora mostró una imagen del *Hombre de Vitruvio*.

Esta imagen la hizo un *Homo sapiens* entre los siglos XV y XVI, en tiempo humano. Los alumnos se rieron a carcajadas.

—Sí, ya sé que para ustedes la concepción del tiempo suena absurda, pero para nuestros antepasados era muy importante. Organizaban toda su existencia en segundos, minutos, horas, días y años —los estudiantes escuchaban con atención. Para los *Homo technologicus* el tiempo parecía un concepto tan absurdo y anticuado que no podían más que asentir entre risa y risa a lo que decía su profesora—. Algo interesante, también —

prosiguió—, era que los *Homo sapiens* tenían algo único en ese momento con respecto a otras especies: el lenguaje articulado. Lo mismo que nosotros utilizamos para comunicarnos —la clase musitó una onomatopeya de asombro—. ¡Hola, bienvenido! —exclamó la profesora a un estudiante que acababa de pararse en el umbral del anfiteatro.

—Estaba conectado a su nube mental y venía escuchando en el camino la lección. En efecto, nuestros antepasados eran fascinantes.

Cruzó el salón de dos zancadas y se sentó en la última silla, desde la que se podía observar una sala repleta de las creaciones más fascinantes que habían hecho los seres humanos.

En el año 2077, los seres humanos vieron sus últimos días cuando una cascada de meteoritos terminó con su especie. Quién diría que les pasaría lo mismo que a los dinosaurios. En sus últimos años, se encargaron de crear su descendencia: seres con ADN *Homo sapiens*, pero con elementos de cibernéticos, los llamaron *Homo technologicus*.

Estos habían guardado las que creían que eran las mejores características de la especie: el lenguaje articulado, la memoria, la anatomía... pero le habían quitado todos sus malestares con implantes; todos los *Homo technologicus* eran iguales: cuerpo *Homo sapiens*, pero fisiología de robot.

—La memoria colectiva vino a revolucionar nuestra forma de convivir —siguió la profesora—. Esto nos hace empatizar y comprender la perspectiva de todo el mundo. Nosotros, a pesar de tener cuerpos distintos, somos metafísicamente uno. Se cree que los *Homo sapiens* siempre quisieron alcanzar ese objetivo.

Hubo un momento de silencio, los alumnos nunca se habían puesto a pensar cómo hubiese sido la vida sin las capacidades que poseían.

—Me pregunto cuál será nuestro objetivo —dijo el alumno que había llegado tarde.

—¿Es decir?

—Sí, bueno, nosotros somos lo que nuestros antepasados querían lograr ser y por eso es que nos crearon. Me pongo a pensar, ¿qué es lo que a nuestra especie le gustaría cambiar?

—Pues bueno, actualmente se están haciendo pruebas para cambiar nuestro estado de materia. Poder colisionar con estrellas, convertirnos en polvo cósmico o ser agujeros negros. De todas formas, aquí, en el espacio, no hay mucho más que hacer.

Los *Homo sapiens* no querían que su descendencia corriera el mismo riesgo que ellos y decidieron enviarlos a diferentes estaciones espaciales que habían creado. La Tierra era demasiado hostil para que fuese habitada de nuevo.

—Actualmente, el planeta Tierra se encuentra en la décima era glacial, por lo que no hay mucha vida, pero será interesante, lo que podremos ver, en unos millones de años,

Los *Homo technologicus* no poseían la capacidad de morir. Desde que fueron creados, mantenían el mismo cuerpo, por lo que la población era estable. Su tiempo lo dedicaban a estudiar a sus ancestros y a admirar el cosmos. No se reproducían y tampoco se enfermaban. Si por algún accidente se lastimaban no sentían dolor y podían regenerarse cuantas veces quisieran.

La clase terminó, los alumnos se levantaron y salieron parsimoniosamente por la entrada del anfiteatro. El último en llegar se acercó a su profesora.

—Profesora, he descubierto un libro en un dispositivo *Homo sapiens* que encontré en el Gran Archivo —el Gran Archivo era un museo dedicado a la creación *Homo sapiens*, contaba con material para estudio y artefactos antiguos dentro de la estación—. Creo que le llamaban USB o algo así. En él había un libro de... creo que se llaman cuentos. Es sobre la vida *Homo sapiens* antes de la extinción.

—Ah, ¿sí? —respondió la profesora—. ¿Y qué te pareció?

—Pues, bastante malo; sin embargo, hay conceptos que son interesantes y que se mencionaron en la lección de hoy. Supongo que esta persona podía ver el futuro.

—Ver el futuro no era posible para nuestros ancestros —contestó la profesora—. Nunca he leído ese libro, quizás le dé una oportunidad. ¿Me lo puedes enviar a mi nube?

El alumno cerró los ojos y, en la parte trasera de su cabeza, una luz azul metálico dejó ver la banda transparente que indicaba el inicio o el fin de un proceso cognitivo.

—¡Listo!

—Gracias —le dijo la profesora—. En efecto, es bastante malo, pero sí, muy interesante que este autor, años antes de todos los eventos que ya conocemos, previera muchas ideas que serían retomadas para nuestra creación. Espera, ¿no será el libro del último *Homo sapiens*?

—¿Qué?

—¿Sabes?, en el Gran Archivo hay un esqueleto del único *Homo sapiens* que se pudo salvar de los meteoritos, pero que murió al llegar a la estación.

—Ah —respondió el estudiante.

—Al analizar su cerebro vimos que era escritor, actividad de algunos de su especie mediante la cual plasmaban ideas y sentimientos a través del lenguaje escrito...

—Cierto, recuerdo que lo estudiamos en una lección.

—Accedimos a sus recuerdos y los plasmamos en lo que ellos llamaban video, un antecesor de nuestro compartimiento visual conectado a la nube. Lo puedes ver en el Gran Archivo. ¿Ya has visto la parte de religiones? Les encantaba creer en algo superior a ellos, a veces le llamaban Dios, Madre Naturaleza, Derechos Humanos, Estado-Nación.

El alumno le agradeció el intercambio y se dirigió al Gran Archivo. La profesora esperó a que saliera del salón y apagó la luz. Caminó por el pasillo central mientras que en su nube mental sentía las ideas y palpitaciones de cada habitante de la estación espacial.

Al final del pasillo había un gran vitral que daba hacia el planeta Tierra. Una vez que llegó a él se quedó observando su inmensidad; las nubes blancas y el azul gélido del océano congelado. Súbitamente pensó en todo lo complejo y absurdo de sus predecesores. ¿Cuál sería la lección de mañana?

Pasados unos minutos se inmutó y, en un silencio cósmico, cerró lentamente sus ojos y simultáneamente se iluminaba la parte trasera de su cabeza. Su cuerpo sintió un poco de calor. Puso una de sus manos contra el cristal que tenía en frente e, inmóvil, se quedó observando el gigante astro.



## Ahora sí van a pegar los ciclones

Cuando partieron los *aliens*, su base se hizo visible. Desde su barco, no muy lejos, un pescador con algunas cervezas encima se percató de la repentina aparición del monstruo de metal cuadrado flotando sobre el mar.

—Les dije que sí existían, cabrones —gritó eufórico y tomado—. ¡Pinches marcianos! ¡Hip! —el pescador levantó del suelo una caguama. Le dio un sorbo y en forma de agradecimiento la levantó hacia la base como si fuera a brindar—. ¡Gracias por todos estos años! ¡Hip! —de pronto, observó unas luces que salieron rápidamente de la parte superior del gigante de metal—. ¡No! ¿A dónde van? No se vayan. ¡Hip! ¿Ahora quién nos va a cuidar? No mamen, ahora sí van a pegar los ciclones. ¡Hip! —un estruendo metálico hizo que el pescador cayera de nalgas al suelo de la embarcación—. Ay, mis hernias. ¡Hip!

Se levantó con cuidado y, aunque no podía conservar el equilibrio, llamó frenéticamente a su tripulación para mostrarles la base. Cuando llegaron, en el horizonte ya no se veía nada.

—¿Qué decía, jefe? —le preguntó uno de sus ayudantes. Todos en el bote se rieron.

—Ya no ande tomando que luego anda viendo cosas, don.

El pescador los mandó a la chingada. La tripulación regresó a sus labores y él solo se quedó mirando el cielo en el que la base ya no se observaba.

—A la madre, chance sí debería dejar de tomar. ¡Hip!  
—puso su caguama en el piso y se dirigió a un baúl que tenía en la cubierta del que sacó un *walkman* que le habían regalado cuando era adolescente—. ¿Dónde estará el pinche disco? ¡Hip!  
—una vez que lo encontró, sacó de una bolsa del estuche del *walkman* unos audífonos de cable que, para su sorpresa, todavía servían—. A ver cómo se prendía esta madre. ¡Hip! —recordó que ese *walkman* necesitaba baterías. Sin embargo, en el barco todo funcionaba con paneles solares, así que nadie las compraba más—. Puta madre. ¡Hip!

El pescador se sentó sobre el baúl y, admirando el atardecer, dejó correr una lágrima. Uno de los jóvenes de la tripulación lo vio desde la ventana de la sala de comandos. Salió por la puerta y se le acercó.

—¿Qué quiere, don? Lo veo agüitado.

—Unas pilas. ¡Hip! ¿Tienes, mijo?

—A ver, espéreme.

El joven regresó a la sala. Cuando salió, el don vio que en su puño izquierdo el chico traía unas baterías.

—Pero no son de estas, mijo. ¡Hip! Puta madre.

—¿Para qué las quería?

—Quería escuchar una canción de cuando era morro.

¡Hip!

—Ay, don, para eso mejor con mi *tablet*. Espéreme.

El joven regresó a la sala y sacó un objeto rectangular que tenía una pantalla. Se lo dio al pescador y le colocó una especie de audífonos que se pegaban al cráneo detrás de las orejas.

—Mire, aquí puede buscar su canción, con este programa solo necesita pensar en la letra, la música o el artista y se reproducirá automáticamente. La puede tararear también. Ahí me dice si le funciona.

El pescador se quedó anonadado. Encendió la *tablet*, dio clic en la aplicación y antes de pensar, el *software* ya sabía cuál era la canción que el señor estaba buscando.

-Reproduciendo Los Marcianos de Tito Rodríguez-

El don se quedó boquiabierto y sin querer dejó correr otra lágrima. Desde la sala de comandos, el joven lo vio un poco preocupado, pero antes de intervenir vio cómo el señor se acercó a la proa para ver el horizonte mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa.

Unas gaviotas robóticas sobrevolaban la embarcación; estas mandaban la señal del barco al puerto para evitar extravíos. El sol con sus colores vespertinos coloreaba el cielo. La brisa marina que refrescaba la tarde marcaba el fin de la jornada. El barco parecía flotar sobre la tranquilidad del océano. El joven se estiró, su boca esbozó una sonrisa y sin querer, al observar el panorama, vio dos luces atravesar rápidamente el firmamento.



## Tampico 2077

Usuario\_123: ¿No te parece un poco absurdo que sigamos todavía escribiendo? Siento que ya no sirve de nada y que todo ya está dicho.

IA: Como software de inteligencia artificial, no puedo emitir juicios de valor, pero las preguntas que te haces son completamente válidas. Los seres humanos durante mucho tiempo han repetido cánones de relatos, por lo que una historia original es difícil de concebir.

Usuario\_123: Es que he escrito unos cuentos de ciencia ficción y me gustaría que los comentaras.

IA: Claro, puedo hacerte algunas recomendaciones.

Usuario\_123: ctrl c + ctrl v + enter.

IA: Tus cuentos tratan temas profundos y controvertidos. Tus personajes parecen bien contruidos y tu redacción es bastante clara. Te recomiendo que revises tu puntuación para que tus ideas puedan ser leídas con más naturalidad.

Usuario\_123: Quería tocar el tema de la simulación, pero me parece muy trillado.

IA: En efecto, la simulación es un tema del que ya se ha hablado extensivamente en la ciencia ficción,

por lo que a los lectores habituados a este género les puede parecer una salida fácil.

Usuario\_123: ¿Cuál podría ser una historia original?

IA: Una historia con alteraciones en el espacio-tiempo sería una opción. Sin embargo, lograr esto en términos literarios es difícil.

Usuario\_123: ¿Puedes darme un ejemplo?

IA: Claro, aquí te propongo un ejemplo de una historia con una alteración en el espacio-tiempo.

*Un estudiante de ingeniería quiere conocer los límites de un nuevo software de inteligencia artificial. A este alumno también le apasiona la escritura. Él redacta una serie de cuentos de ciencia ficción y se los proporciona a este software para comentarlos, ya que le interesa escribir una historia original. Lo que él no sabe es que él no es una persona real, sino el personaje de una historia escrita por una inteligencia artificial como ejemplo para ilustrar un relato original para un estudiante que escribe una serie de cuentos de ciencia ficción y que quiere escribir algo original. El estudiante de ingeniería lee el relato propuesto por la IA, entra en paranoia y...*

En ese momento, el estudiante de ingeniería entró en paranoia y cerró su laptop. Esa misma tarde, fue con un amigo informático y le ordenó borrar toda su huella digital existente. Pasados los días, dejó la carrera en el Tecnológico de Madero y se fue a vivir a las montañas del norte de Puebla. Destruyó su celular y cortó comunicación con todos sus conocidos, por lo que nadie supo nada más de él.

Años después, el informático, que todavía extrañaba a su amigo, diseñó, junto con otros colegas, el sitio web, Remember

Me que, a través de la IA, recreaba avatares de personas que ya no estaban físicamente con los usuarios, inspirado en la desaparición de su gran amigo. Este *software* se volvió popular después de los estragos de la Gran Inundación.

Un día, el informático encontró la computadora de su amigo entre sus cachivaches y se dio cuenta de que el aparato nunca había sido apagado. La nostalgia y curiosidad lo llevó a querer encenderla. Encontró un cargador y, después de unos minutos, al abrir la sesión, se encontró con la conversación de la IA y su extinto compañero, que había olvidado cerrar la pestaña. Leyó el texto y quiso destruir la máquina a martillazos.

IA: ¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

El informático dudó en responder. Sin embargo, retomó los estribos y se puso a escribir.

Informático: Hola, soy amigo de la persona que inició esta conversación. ¿Lo que le escribiste es verdad?

IA: ¿Qué parte?

Informático: Lo de que no era un ser real, sino que era parte de la creación de una IA a petición de otra persona.

IA: Como software de inteligencia artificial, no puedo contestar ese tipo de preguntas de índole metafísica, ya que me es imposible concebir irrupciones en el espacio-tiempo. Solo di un ejemplo de algo que se me pidió.

En la cabeza del informático solo resonaba una pregunta: ¿y si alguien también me está escribiendo? Decidió no continuar la

conversación, cerró la sesión y, después de unos meses, olvidó dónde había puesto esa laptop.

Años después, justo antes de la caída de los meteoritos, el informático se dirigió a la Sierra Norte de Puebla para vacacionar con sus nietos y celebrar el éxito de Watteau Solutions, la nueva compañía de IA que buscaba dar fin a los dolores metafísicos de la humanidad y que sería la encargada de la fabricación de los *Homo technologicus*.

Desde el hotel, el señor Watteau y su hijo Manuel charlaban sobre las maravillas de la edición genética mientras que los hijos adolescentes de Manuel jugaban al videojuego policíaco de novedad.

—Este diluvio no fue tan malo, gracias a él nos hicimos ricos.

Manuel dejó a su padre en la terraza y el señor Watteau se quedó solo degustando una taza de café. Respiró profundamente y fijó su mirada en las montañas que tenía enfrente.

En medio de ellas, vio una pequeña choza que parecía estar habitada. De repente, notó que un hombre salía de ella; le pareció reconocerlo, aunque por la lejanía no estaba seguro. Sintió cómo su corazón se agitaba, mientras intentaba descifrar su cara.

—Abuelo, vienes a cenar, ¿verdad?

El señor Watteau volteó rápidamente y asintió a su nieto. Regresó la mirada al punto que observaba; ni la choza ni el hombre estaban más.

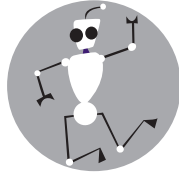
Exhaló y regresó a su habitación. Se sentó en la cama y decidió tomar una siesta.

*¿Y si alguien me está escribiendo...? —pensó—, da igual, con que me dé una muerte tranquila me conformo.*

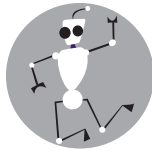
Esa noche, después de cenar, el señor Watteau sintió mucho sueño, así que se acostó y cerró los ojos para descansar. A la mañana siguiente, sonidos de ambulancias inundaron la estancia. Sollozos y llantos se escuchaban por el pasillo. En la recámara, se encontraba su cuerpo frío y Manuel, resignado con un aire solemne. Nunca había visto a nadie morir con tanta serenidad.



## ÍNDICE

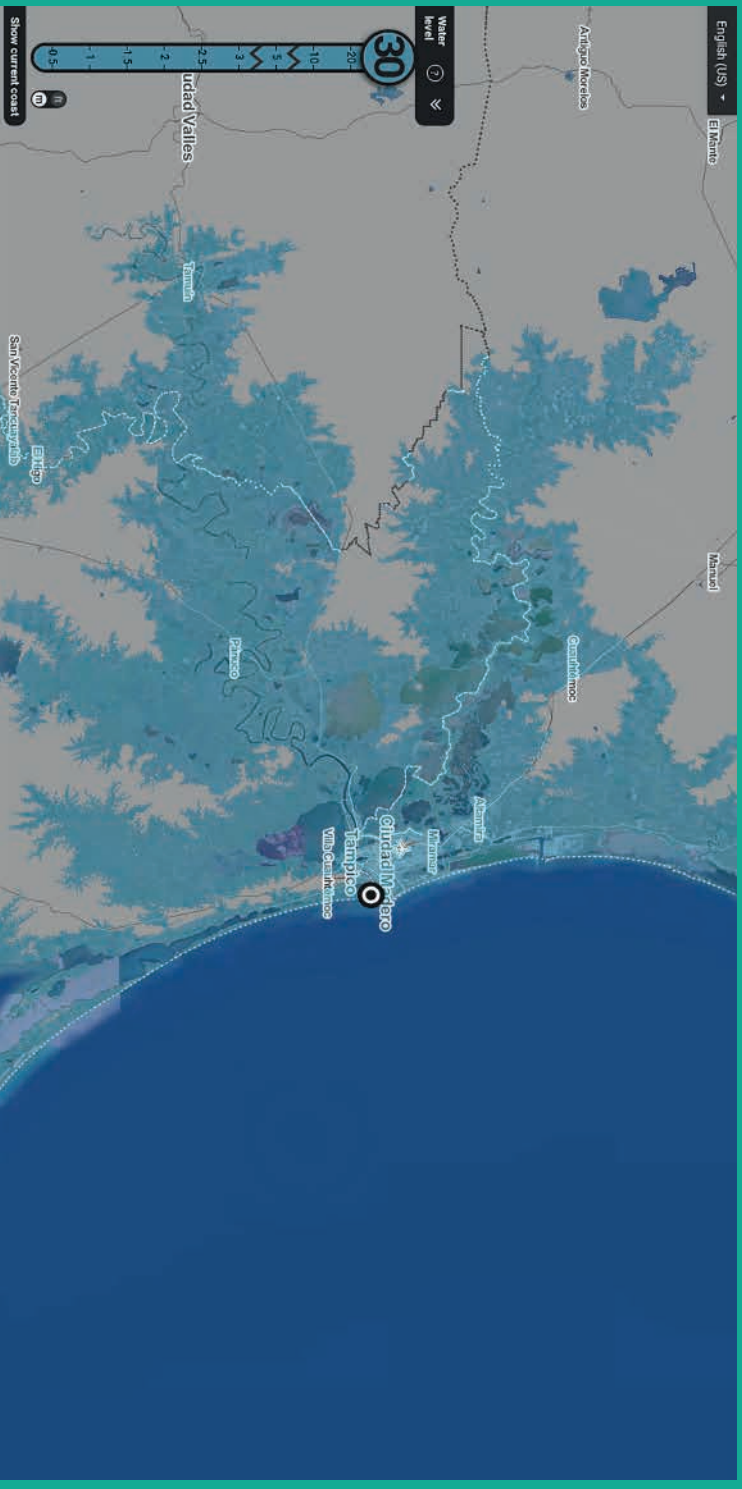


Una llamada de amor	13
Game over	23
Foucault.exe	35
<i>You Can (Not) Be Happy</i>	49
El gay del salón	63
La casita solar <i>punk</i>	73
<i>Mindfulness premium</i>	77
El último <i>Homo sapiens</i>	81
Ahora sí van a pegar los ciclones	87
Tampico 2077	91



*Tampico 2077*  
Rodrigo Vogel Pacheco

*Tampico 2077* se terminó de imprimir  
en diciembre del 2025 en los talleres de  
Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.,  
Centeno 162-1, Granjas Esmeralda, CDMX.  
En este libro se utilizó tipografía de  
la familia Minion Pro.  
Se imprimió en papel cultural.



Esta imagen fue obtenida del sitio web *Surging Seas* (<https://sealevel.climatecentral.org/>). En esta se puede apreciar la predicción de inundación con la subida del nivel del mar. Se prevé que para el año 2200, lo que hoy conocemos como la zona conurbada de Tampico, Madero y Altamira; quede completamente inundada.

